

Cien Años

*In Memoriam de
Antonio Luis Baena Sayas*

Frán Darío Baena E. -

CIEN AÑOS

**IN MEMORIAM DE
ANTONIO LUIS BAENA SAYAS**

21 de junio de 1905 –23 de Septiembre de 1996
Cartagena de Indias

**BIOGRAFIA DE UN HOMBRE
EJEMPLAR**

Cartagena de Indias, 21 de junio de 2005

1a. Edición: Mayo 2005

IMPRESO EN COLOMBIA por **Grupall.**
www.comunicaciongrupall.com
Bogotá, D. C.

A guisa de Prólogo

Hay deudas impagables, bien sea por el monto de la misma, la calidad de lo recibido o por la irresponsabilidad o incapacidad de pago del beneficiado. Sino se pueden solventar las cuentas, se puede negar lo que se debe, el deudor se puede esconder o puede hacerle frente a la justicia o, galantemente, tratar de hacer un desagravio al benefactor. No tenemos el talento para adoptar las dos primeras alternativas. La tercera sabemos que nos llegara certeramente al final de las épocas; así que nos queda la última. Por ello los integrantes de la familia Baena nos unimos otra vez en una empresa sentimental: Dejar patente la hermosa, y por tanto, impagable deuda que tenemos con nuestro ANTONIO LUIS BAENA SAYAS. A tenor de dicha empresa, con la recopilación y redacción de Juvenal Baena Pianeta, Guillermo Baena Pianeta, Carmelo Antonio Baena Acevedo, y con el archivo fotográfico de Maria Baena Pianeta, presentamos esta obra pequeña pero llena de gratitud por sus enseñanzas, sus consejos, su paciencia con nuestras incapacidades y por formar nuestros

corazones, lo cual logro hasta donde nuestro libre albedrío, tristemente, se lo permitió. También está llena de sentimientos de añoranza e imperdurable amor por nuestro *padre*, quien naciera tal día como hoy cien años ha. Añoranza de su trato, de su charla y de su callada presencia. Y de amor incombustible que es el mas grande sentir que personas como él y como su esposa JOSEFINA PLANETA DE BAENA logran hacer germinar, sin proponérselo, en todos aquellos a quienes se dan.

En la creación de estas páginas los recuerdos han sido donados de manera continua por cada uno de nosotros, y así nos hemos dado cuenta que tenemos una misma memoria. Y tenemos una misma memoria por que, créanlo o no, somos un solo ser. Un ser claramente definido e identificable por sus características físicas, de genio y de comportamiento. Ese ser es la FAMILIA BAENA, la cual se mantiene reconocible porque en ella de manera perenne esta el hálito de ANTONIO LUIS BAENA SAYAS, quien con todo lo que fue sigue con los que estamos y estará con los que vienen.

Querida Familia:

Teniendo en cuenta la edad que tengo y que los años dan experiencia, que es el nombre que le asignamos a nuestros errores, quisiera hablar con ustedes algunos tópicos, que a lo largo de varios aspectos de mi vida he comprobado como válidos.

Comienzo por llamar la atención de los más jóvenes. A ellos, que están en el momento preciso para recibir esta recomendación, les insto a la practica pronta del ejercicio físico, el cual debe irse aumentando progresivamente hasta lograr un adecuado ritmo en la adolescencia, porque está probado que todo individuo haciendo mayor energía física aumenta considerablemente sus facultades internas, las cuales junto con la fuerza de voluntad, dependen de la fortaleza corporal. Esto muestra claramente el propósito de otorgar vigor a toda la

persona, tanto corporal como mentalmente, porque el que de joven no procura fortalecer sus músculos, llega a ser hombre pero no es un HOMBRE!

Al mismo tiempo y con las bases de lo anterior les indico que busquen a Dios, ya que esto junto con su Revelación Final requiere de la Fe y son las únicas cosas que dan sentido a la vida del hombre y sin ellas este vivirá como un animal irracional, sin consuelo y su vida será en vano.

Tengan los sentidos alertas para hallar el camino que los ayude a permanecer grandes, en orden y en paz y que los conduzca a la cima de sus aspiraciones y, al hallarlo, no se debe ir en contra del mismo. Recuerden quien conoce sus defectos podría corregirlos. Solo así podrán hacerse dignos de respeto y consideración de las personas concientes.

Al llegar a su etapa laboral, sigan cumpliendo lo anterior escrito y procuren trabajar adecuadamente y sin angustias.

A los médicos quiero decirles que la posible insensibilización a que puedan estar expuestos dada por el espectáculo diario de la miseria humana, del dolor sin explicación, del llegar y del partir o el ver a los seres solo objetivamente, no es motivo para que pierdan la Fe, la cual es la explicación como prueba y consuelo del mas allá. También les recomiendo que no tengan una terapéutica limitada a la de la propaganda de los medicamentos patentados. Conozcan el arte admirable y benéfico de la terapéutica que les conferirá autonomía científica y dignidad. Pero no abusen de ella. Tengan una terapéutica lo mas sencilla posible, ya que muchas enfermedades actuales y futuras podrían ser de naturaleza alérgica o secundarias a algún producto terapéutico agresivo.

Si se dedican a la docencia estructuren bien a sus estudiantes con un comienzo básico intenso lo que permite ver más allá y comprender mejor.

Y al llegar a la vejez, la cual nunca llega sola, no dejen que les llegue primero la del espíritu.

Los abraza quien los quiere,

Antonio Luis Baena Sayas

Uno

Antonio Luis Baena Sayas nació el día miércoles 21 de junio de 1.905 en la calle de Badillo 2ª, en la ciudad de Cartagena de Indias. *«Así fue mi nacimiento: Una tarde, paseando por las bellas calles de Cartagena, sufrió Petra una emoción, un susto ante la vista de unas reses, iniciándose enseguida síntomas de parto, necesitándose la intervención de un obstetra, quien pudo unos tres días después, extraer con el instrumento fórceps, un feto viable, el día 21 de junio de 1905. Fui bautizado en la iglesia catedral de Cartagena, veinticinco días después, por el Presbítero Francisco Garcerant.»*, nos dice en una autobiografía que apenas inició. La presencia de esas reses por las calles del centro amurallado, podría explicarse por la costumbre, superada hace muchos años, de realizar corralejas en el sector de murallas comprendido entre «El Espigón» y «El Boquetillo». La extracción con el instrumento fórceps le produjo una factura en uno de sus antebrazos, y por ello fue necesario para su curación de colo-

carle una pequeña férula que siempre conservó dentro de su archivo.

El hogar Baena Sayas estaba conformado por los esposos Juvenal Baena Suárez (1880-1954) y Petrona Sayas Gómez (1887-1976), de cuya unión nacieron tres hijos, Antonio Luis, Alicia (1907-1949) y Rafael Lorenzo (1909-1989). El padre, fue un hombre honesto, trabajador incansable, cariñoso, de bien hablar, católico practicante, de misa diaria, cuyo ejemplo fue seguido por sus descendientes. Como todo ser humano tenía algunas debilidades, entre ellas el orgullo, lo que le llevaba a decir con frecuencia *«Yo no soy Baena de pacotilla»*. Excelente ebanista, y persona prestante dentro del gremio de artesanos de la ciudad, donde desarrolló importantes actividades en beneficio de sus afiliados y familia. La madre, era una mujer sencilla, sincera, admirable ama de casa, pues como jefe de hogar se desenvolvía muy bien, desempeñaba con agilidad y presteza los oficios domésticos a carta cabal. Era cariñosa, amable y siempre presta a ser-

vir al necesitado. También, afirmaba, con cierta suficiencia *«Yo soy de los Gómez de la Inquisición»*. La hermana Alicia, a pesar de su corta vida, dejó gratos recuerdos en todos quienes tuvieron la fortuna de estar a su lado. Era querendona, franca, siempre quería lo mejor para todos, en especial para sus padres, hermanos, hijos y demás parientes. De pocos amigos, pues ella decía que la amistad era sagrada y no se le podía prodigar a todo el mundo. Pedagoga consagrada. El hermano Rafael Lorenzo, tenía un carácter recto, pero a la vez era muy jovial y servicial, amigo de las fiestas y reuniones familiares. Prestigioso médico pediatra, y quien siempre compartió consultorio con su hermano Antonio Luis. Gran aficionado al béisbol y fanático fiel del equipo *«Indios»* de Cartagena. Contaba que se había desempeñado en la posición de jardinero central, y para capturar los batazos, lo que hacía con absoluta precisión, le bastaba escuchar el sonido del impacto que producía el bate con la bola, para saber el lugar exacto donde esta iba a caer. Acostumbraba escuchar

los partidos por radio, lo que motivaba a que los vecinos se acercaran a la casa, ya que era el único radio de los alrededores, pero si el equipo de su predilección iba perdiendo, apagaba el aparato, lo que originaba una silenciosa protesta por parte de los fanáticos del equipo contrario, generalmente el «*Torices*».

La familia Baena Sayas tuvo residencias en la Calle de Badillo 2ª (Centro), Calle del Curato y Calle de los Siete Infantes (Barrio de San Diego). Luego se mudaron para el Barrio de El Cabrero, y habitaron en tres casas. En la segunda de ellas, ubicada en el callejón Soledad Román, muere prematuramente Alicia a los cuarenta y dos años de edad, dejando a seis hijos muy pequeños al cuidado de su abuela Petrona Sayas de Baena. Juvenal Baena Suárez fallece el 10 de enero de 1954, como consecuencia de complicaciones derivadas de una operación de próstata, mas concretamente por la aplicación de la anestesia. En ese momento habitaban la

casa ubicada en la calle Real que Antonio Luis había comprado.

A pesar de que durante su infancia fue muy enfermizo y, por ello con mucha frecuencia no iba a clases, se quedaba jugando en los alrededores de su casa, por lo que una vecina le preguntaba: «¿Bueno, muchacho, es que tu no tienes escuela?». Antonio Luis Baena Sayas siempre fue un excelente alumno, y, como uno de los hechos relevantes de su infancia señalaba «*la iniciación de mis estudios con mi cartilla, la Doctrina del Padre Astete y la Tabla para las matemáticas*». En el periódico «*Alma Discipulo*» Órgano del Colegio Universitario de San Pedro Claver, en su número 11 de fecha 16 de noviembre de 1919, se le incluyó dentro de los alumnos externos premiados por aprovechamiento científico notable, y en los exámenes anuales del año 1919, por su notable aprovechamiento y aplicación, mereció el honor de ser eximido de examen en Religión 1º, Castellano 1º, Geografía Universal y de Colombia.

El Colegio San Pedro Claver era privado, y debido a dificultades económicas en la familia se trasladó para la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Cartagena, donde concluyó sus estudios de bachillerato el 27 de octubre de 1924.

Sin embargo no todo era estudio, desde muy joven tuvo predilección por el teatro, y en compañía de sus hermanos y primos montó varias obras. El día lunes 30 de abril de 1.923 en conmemoración de la Fiesta del Trabajo se desarrolló el siguiente programa:

- La Codicia (drama): Antonio Luis Baena Sayas, Josefina Perinián Baena (quien posteriormente sería madre de Gladys y Raúl Cochéz P), Rafael Lorenzo Baena Sayas.
- El Amor Fraternal (drama).
- Los Bombones (juguete cómico).
- A Trabajar (recitación) Alicia Baena Sayas.

Participaban en los actos conmemorativos del

día del trabajo, en atención a que su padre Juvenal Baena Suárez, como ya se dijo, fue un importante artesano y directivo de las Asociaciones de Artesanos, que tuvieron gran figuración en la ciudad, en especial en las luchas de carácter laboral y gremial.

El día 6 de enero del año siguiente la familia Baena Sayas le dedicó a la señora María de los Reyes Gómez (Mareyes), su abuela materna, el siguiente programa:

- A mi abuela (recitación): Alicia Baena Sayas.
 - La Codicia (drama).
 - Patria (recitación): Rafael Lorenzo Baena Sayas
 - El Viejo Mendigo (recitación): Alicia Baena Sayas
 - El Amor Fraternal (drama).
- Director: Antonio Luis Baena Sayas.

Desafortunadamente no se encontraron los tex-

tos de las recitaciones y de los dramas.

También participó activamente en la creación de la Sociedad Gimnástica, cuyos estatutos elaboró y conservó. Tuvo a su cargo las palabras alusivas a su primer aniversario, el 2 de agosto de 1923, donde ya dejó sentado de manera muy clara sus opiniones sobre el papel de la juventud. Este fue su discurso:

«Os pido ante todo me excuséis los errores que cometa, pues, es la primera vez que me cabe el honor de llevar la palabra ante una concurrencia como la que formáis. Inexperto en la oratoria, en vez de deleitaros con un discurso brillante, pomposo y adornado tal vez os fastidiare, pero lo hago porque ya es un deber y ninguno debe ir contra el que es el camino que conduce a la cima de nuestras mayores aspiraciones.

Pues bien Señores, alcanza la «Sociedad Gimnástica» su primer aniversario y por tal causa está de pláceme, porque tal día como hoy los que ahora la componemos y

otros, resolvimos, en esta casa fundarla y hacerla progresar hasta donde lo permitieran nuestras fuerzas. La fundamos para apartarnos del camino trazado por la actual juventud, que es el vicio, llegar a hacer algo en la vida, resistir los tropezones de ella y no acobardarnos jamás, pues el que joven no procura fortalecer sus músculos, llega a ser hombre y no es un hombre;....

La salud del cuerpo es una obligación — dice Strongfort — la primera todos la queremos y la segunda la abandonamos. Pero como se pretende tener salud sin atender a la obligación que no debemos abandonar? Está probado también que todo individuo aumenta considerablemente sus facultades internas haciendo mayor su energía física y las cualidades intelectuales unidas a la fuerza de voluntad dependen únicamente de la fortaleza física.

La juventud estudiosa la que ávida de conocimientos se desvive por surgir y crearse un nombre; la que de día lucha por la vida y en la noche entregada a sus estudios pasa las horas en vela; la que pule su más hermosa composición y se siente alegre y satisfecha cuando ve su

preciosa joya correcta y pulcra; esa juventud que debiera poseer un buen desarrollo físico para formar barrera infranqueable a la descortesía de la plebe, es una juventud que no se preocupa por la fuerza física que da energía, valor y persistencia.

Inspirados por el deseo de unión lanzamos la idea de Sociedad; idea que incendió el corazón de todos los fundadores de la «Sociedad Gimnástica» y formando una sola voluntad, un solo sentimiento la reafirmamos en el gran día del 2 de Agosto de 1922.

Por esta causa en fecha como esta en que conmemoramos el hecho inicial de la inauguración de esta Sociedad por el carácter decisivo que tuvo la declaratoria solemne de su creación sostenemos nuestros propósitos de perdurar en los caminos de engrandecimiento, orden y paz porque solo así podremos hacernos dignos del respeto y consideración de las personas de conciencia.

La ola destructora de la indisciplina más violenta e inicua que puede existir y que tiene por norma la viola-

ción de toda autoridad y de todo orden social, tiende por desgracia al predominio de la inconciencia, que es un grave peligro que solo puede impedirse con el buen juicio; afortunadamente esas ideas no han encontrado eco en esta SOCIEDAD, salvo uno que otro espíritu exaltado y mal intencionado que trató de injertar en nosotros la planta contraria a nuestras ideas siempre dirigidas a alcanzar el mayor progreso y adelanto de esta Corporación.

Poco á poco hemos ido colocando piedra sobre piedra con el propósito de levantar el edificio de la unión y alcanzar el deseo que arde en nuestros pechos, cual es el de ver esta Sociedad al nivel de las que más han sobresalido en el mundo.

Puede faltar justicia en el reconocimiento de nuestros esfuerzos, pero no la necesitamos porque sabemos precavernos contra esos que en vez de alentarnos nos forman en derredor un vacío y solo nos obsequian con los dardos de la burla y de la envidia.

Así pues compañeros, sigamos unidos estrechados uno

al otro, formando una cadena indisoluble, para no marchar pusilánimes y timoratos por entre la multitud y burlados por los incapaces de pensar. Levantemos nuestra tienda, enarbolemos nuestra bandera de unión; y marchemos como soldados juntos muy juntos al son de nuestras cornetas y al eco de nuestros cantos.

He dicho. «

Igualmente formó parte de la Sociedad La Juventud, organizadora de unos elegantes bailes de orquesta, de música o charro, con ocasión de las fiestas patrias o de año nuevo.

En ese mismo año, como era costumbre para la época, y con el fin de asistir a un baile de orquesta, se «echó los largos», lo que consistía en ponerse por vez primera pantalones largos, como símbolo de haber llegado a la mayoría de edad. Tenía 18 años.

Los estudios profesionales los realizó en la Fa-

cultad de Medicina y Ciencias Naturales de la Universidad de Cartagena, donde el 15 de enero de 1.925 se matriculó en primer año.

Como la situación económica de la familia no era muy solvente, debió estudiar en libros prestados y a la luz de las velas, y tan solo se pudo titular como Médico y Cirujano varios años después de haber terminado sus estudios, debido a que no había dinero para sufragar los derechos de grado, lo que se pudo hacer luego de que su hermano Rafael Lorenzo, se ganara un quinto de la Lotería de Bolívar.

Después de haber concluido sus estudios, se desempeñó como practicante interno del servicio de Clínica Médica y de Clínica Infantil del Hospital Santa Clara de Cartagena, por haber ganado los respectivos concursos, y se graduó de Médico y Cirujano el 31 de marzo de 1934, con la Tesis «*El tratamiento de la Sífilis Cerebral*», siendo su presidente de Tesis el doctor Miguel A. Lengua, reci-

biendo además el certificado con todas su notas:

Primer año: (1.925).

Anatomía Descriptiva – primer curso.

Cinco (5) muy bien.

Química General. Cinco (5) muy bien.

Botánica General. Cinco (5) muy bien.

Zoología General. Cinco (5) muy bien.

Física Médica y Biológica. Cinco (5) muy bien.

Segundo año: (1.926).

Anatomía Descriptiva – segundo curso. Cuatro (4) bien.

Histología y Embriología. Cuatro (4) bien.

Fisiología. Cuatro (4) bien.

Patología General. Tres (3) regular.

Química Fisiológica y Patológica. Cinco (5) muy bien.

Tercer año: (1.927).

Anatomía Topográfica y Medicina Operatoria.

Cuatro (4) bien.

Bacteriología y Parasitología. Cinco (5) muy bien.
Patología Interna. Cuatro (4) bien.
Clínica General. Cuatro (4) bien.
Primer curso de Policlínica y Aprendizaje de Cirugía Menor. Cinco (5) muy bien.

Cuarto año: (1.928).

Anatomía Patológica. Cuatro (4) bien.
Patología Externa. Cuatro (4) bien.
Obstetricia y Teratología General. Cinco (5) muy bien.
Clínica Interna. Cuatro (4) bien.
Clínica Médica Infantil. Cuatro (4) bien.
Clínica de Enfermedades Mentales y Nerviosas. Cuatro (4) bien.

Quinto año: (1.929).

Terapéutica y Materia Médica. Cinco (5) muy bien.
Higiene. Cuatro (4) bien.
Clínica de Enfermedades de las Vías Urinarias. Cuatro (4) bien.

Clínica Ginecológica. Cuatro (4) bien.

Clínica de Enfermedades Tropicales y Aplicaciones del Laboratorio a la Clínica.

Cuatro (4) bien.

Sexto año: (1.930).

Medicina Legal y Toxicología. Cuatro (4) bien.

Clínica Quirúrgica y Radiología. Cinco (5) muy bien.

Clínica Obstétrica. Cuatro (4) bien.

Fue hombre de pocos amigos, pero los que tuvo lo fueron para toda la vida, y siempre estuvieron presentes en sus recuerdos de infancia y juventud. El aprecio hacia ellos era tal, que los designó padrinos de bautismo o confirmación de sus hijos Hortensia (Lazaro Valdelamar B.), Juvenal (José de los Santos Martinez H.), Carmelo (Miguel Cruz O. y Ana Josefa Echeverría de Cruz).

Con frecuencia recordaba las anécdotas de «*Lázaro Valdelamar, inhábil por potroso*», como causa para

su rechazo al servicio militar; y aquella cuando Cesáreo Angulo fue a comunicarle que su padre, Evaristo Angulo, había fallecido y al encontrarse con una reunión familiar, tan solo dio la noticia luego de haber dado buena cuenta de varios tragos de whisky en unos «*vasos canillones*» con la siguiente frase: «*Toño, Evaristo está tendido*».

Lector infatigable, no solo de las obras médicas, sino de historia, especialmente de Cartagena de Indias, filosofía, literatura, los clásicos lógicamente, teatro, poesía. Sus libros de cabecera: La Biblia y El Quijote. De este último tenía citas precisas para una infinidad de situaciones cotidianas, como las siguientes:

«Anotaba la casa alborotada; pero con todo, comía la sobrina, brindaba el ama, y se regocijaba Sancho Panza; que esto del heredar algo borra o templea en el heredero las memorias de la pena que es razón que deje el muerto.»

«¿No es bueno que dicen que se holgó ... de verse ala-

bar de don Quijote, aunque le tenia por loco? ¡Oh fuerza de la adulación, a cuánto te extiendes, y cuán dilatados limites son los de tu jurisdicción agradable!»

«... y cuando todo corra turbio, menos mal hace el hipócrita que se finge bueno, que el publico pecador.»

«Otros cobechan, importunan, solicitan, madrugan, juegan, porfían, y no alcanzan lo que pretenden; y llega otro, y bien saber cómo, ni como no, se halla con el cargo y oficio que otros muchos pretendieron.»

«.. No atribuyas a tus merecimientos la merced recibida, sino que des gracias al Cielo, que dispone suavemente las cosas (1 Macabeo 3, 19).»

«en justa literaria, procure vuesa merced llevar el segundo premio; que el primero siempre se lleva el favor o la gran calidad de la persona ; el segundo se lleva la mera justicia ; y el tercero viene a ser segundo, y el primero a esta cuenta será tercero, al modo de las licencias que se dan en las Universidades; pero con todo esto,

gran personaje es el nombre del primero.»

«estudiar y mas estudiar, y tener favor y ventura; y cuando menos se piensa el hombre se halla con una vara en la mano, o con una mitra en la cabeza.»(1)

Las tarjetas de matrimonio, grado, navidad y año nuevo no las eliminaba sino que las utilizaba como marcadores de lectura y fichas de anotaciones importantes, como lo hacía en los interiores de las carátulas de los libros. Muchos de los libros heredados tienen y ojalá sigan conteniendo las tarjetas colocadas por él en ellos con sus anotaciones.

Melómano exquisito, con preferencia por la Zarzuela y por los boleros del Caribe interpretados por Roberto Ledesma. Como buen «sandiegano», excelente aficionado a los toros, que parece heredó del tío materno Guillermo Sayas y transmitió a todos sus hijos. Contaba que el tío Guillermo se

(1) Lo usaba para referirse al genio, la ocasión y la fortuna de Marco Fidel Suárez.

presentaba donde la hermana Petrona los días de corridas y con el pretexto de llevar al sobrino solicitaba el importe de la entrada y luego solo compraba una, y lo cargaba en el momento de ingresar a la Plaza, dejando al descubierto sus ya largas extremidades inferiores, lo que era comentado jocosamente por los porteros. A pesar de que luego de una extraordinaria faena del diestro madrileño Ángel Teruel, en la Plaza de la Serrezuela manifestara que después de eso para que volver a los toros, volvió y no faltó a las primeras corridas que se realizaron en la nueva Plaza de Cartagena en su cómoda fila 10 del tendido bajo de sombra. No le gustaba asistir a las novilladas, pues sufría mucho viendo los errores de los principiantes y presentía una cornada o por lo menos una voltereta.

Católico convencido y practicante, asistía todos los domingos a la misa de 5 de la mañana en la Iglesia de San Pedro Claver, y luego acompañaba a su esposa a realizar las compras en el merca-

do público ubicado donde hoy se levanta majestuoso el Centro de Convenciones «*Cartagena de Indias*». Mariano integral, con especial devoción por la Virgen del Carmen, pero como buen cartagenero también le dedicaba sus oraciones a la Virgen de la Candelaria, morena y liberal, y todos los años subía al Cerro de la Popa para su novenario, con sus hijos en un principio en los «*jolones*», una especie de canastos que colgaban a cada lado de los burritos, y luego montados en ellos pero con cabestreros. Peregrinación que siempre culminaba con un succulento desayuno a base de fritos, café con leche y peto y como postre un pedazo de caña de azúcar.

No se le conoció actividad de carácter comercial, pero en su archivo consta una solicitud al Jefe de la Sección de Investigación Criminal y Extranjería de la Policía de Bolívar, para que se le certificara sobre su conducta con el fin de «*INS-
CRIBIR y negociar en AUTOMOTORES*». Y obtenida dicha certificación procedió a solicitar la res-

pectiva licencia para ejercer la mencionada actividad, la que en efecto le fue concedida. Creemos que la consecuencia práctica de lo anterior fue el Taxi que le manejó Fermín y la Carretilla que puso en manos de «Chacú» el marido de «Minga», la «maribajense», comadre múltiple de Antonio Luis y Josefina, cuyas hijas desfilaron por la casa en el papel de domesticas, y un hijo, Fernando, protagonista de la masacre de la cría de pavos de Josefina, cuando ante la orden de «*échale maíz a los pavos*», entendió «*mata los pavos*», lo que le originó el apodo que aún conserva de Fernando «*mata pavo*», y la familia estuvo comiendo pavo durante un mes.

En cuanto a sus preferencias políticas fue un liberal acérrimo y disciplinado, siempre sufragando por los candidatos oficiales del partido. Contaba con entusiasmo sus actividades juveniles a favor del General Benjamín Herrera, con botón alusivo al líder liberal en el pecho.

Dentro de su archivo conservaba una invita-

ción a un homenaje que el cuerpo médico colombiano le rindió al «*Excelentísimo Señor Presidente de la República General Jefe Supremo GUSTAVO ROJAS PINILLA*», en la ciudad de Bogotá el día jueves 13 de diciembre de 1.956, y en la parte inferior con tinta roja consignó «*NO ASISTÍ*».

Muchos años mas adelante, se le propuso integrar una lista para el Concejo Municipal de Cartagena por un movimiento cívico denominado «*Acción Municipal*», postulación que declinó en atención a su condición de médico legista, y por ello dio el nombre de su hermano Rafael Lorenzo, el cual fue aceptado, y con muchas posibilidades de salir electo, según Antonio Luis Baena Sayas, «*siempre y cuando el escrutinio se realizara de abajo hacia arriba*».

El 7 de junio de 1.935 se inscribió para desempeñarse como médico legista en el municipio bolivarense de María La Baja, lo que indica su deseo de radicarse en dicha población y su incli-

nación desde ya por la medicina legal.

El 25 de julio de ese mismo año contrae matrimonio con Josefina del Carmen Pianeta Muñoz, quien había nacido el 12 de noviembre de 1909 en Cienaga de Oro y quien era hija legítima de Moisés Pianeta Gutiérrez y Amelia Muñoz Corcho. El matrimonio se verificó en la Catedral de Cartagena de Indias, en el Altar de la Virgen del Carmen y fueron padrinos de la boda Otoniel Pianeta Muñoz, Petrona Sayas de Baena, Antonio Barrios Carbonel y Valentina Lengua. Ofició el Presbítero Francisco Garcerant B, el mismo sacerdote que treinta años antes lo había bautizado. A este matrimonio fue llevada y reconocida como hija del esposo, Hortensia, quien había nacido el jueves 28 de mayo de 1.927, y quien dice de él que:

«Era un hombre amable con todo el mundo, nunca fue arrogante, cuando hacía algo de admiración. Fue cariñoso sin empalago, sencillo, prudente y un gran familiar. Se

dedicó de lleno a su profesión de médico, procurando siempre llevar con honestidad el alivio físico y espiritual que cada enfermo necesitaba. Siempre atento a las necesidades de la familia, procurando sacarla adelante. A sus hijos les enseñó con su ejemplo, aconsejándolos, orientándolos y siempre procurando que nada les faltara.»

Relataba que su pertenencia al partido liberal había sido uno de los motivos de su traslado a María La Baja, ante la dificultad de conseguir trabajo en una ciudad regida de manera exclusivista por los conservadores, y ante la información suministrada por un señor de apellido Riaño de que en dicho pueblo y en muchos kilómetros a su alrededor, no había un solo médico. Lo que fue corroborado por Rafael Castro Matos, carpintero de profesión y personaje inolvidable de la familia.

De la época de María La Baja, pueblo oscuro y mosquitero, pero que los «maribajenses» sostienen que es «la tierra del buen vivir», su hijo mayor, Juvenal (1.936), recuerda que vivieron en una casa ubi-

cada en la Calle del Puerto, en esquina, con una sala amplia, seguida del comedor y las habitaciones a los lados. La casa era de material y los pisos de cementos. En el centro del patio se encontraba la bomba para extraer el agua de un pozo y ser utilizada en los menesteres domésticos. Ahí mismo tenía su consultorio, donde atendía diariamente a sus pacientes, en el orden correspondiente a las fichas elaboradas por su esposa con los números de los calendarios pegados a un cartón, y que ella misma entregaba a través de una ventana que daba directamente para la calle.

Luego se mudaron a la Calle Santander, donde nacieron sus hijos María (1.937), Antonio Luis (1.938), Carmelo (1.940 – † 1.997), Josefinita (1.942 – † 1.942) y Guillermo (1.944). Todos los partos fueron atendidos por Antonio Luis Baena Sayas.

Además, adquirió un potrero, como se les decía a las propiedades con ganado, y una finca, muy próxima al pueblo, con una gran variedad de ár-

boles frutales, que surtían las despensas de los familiares radicados en Cartagena. A ambos sitios acostumbraba ir en unión de la familia o de sus invitados, pero nunca pasaba la noche en ellos.

Durante la fiestas de corraleja asistía con su familia a un palco y, como siempre fue de poco beber, aún en esos días se mantenía alerta a cualquier emergencia, en especial a las cornadas que prodigaban los astados provenientes de las ganaderías de la región.

Los viajes entre María La Baja y Cartagena y viceversa los realizaban en lanchas iguales a las que aún hoy se pueden ver en el Muelle de Los Pegasus, de propiedad aquellas de un señor González, las que con frecuencia sufrían averías graves que convertían esos viajes en verdaderas odiseas. Para llegar al Puerto debían atravesar extensos playones, plagados de tigres, cuyos ronquidos en más de una ocasión escucharon muy próximos a ellos. Para todo ese periplo se em-

pleaba en aquel entonces un día completo.

Todas las noches asistía a programas de alfabetización para labriegos, con excelentes resultados. Estas actividades y las de Médico Municipal y Director de Educación, eran *ad honorem*.

Fue elegido miembro principal del Honorable Concejo Municipal de María La Baja para el periodo legal comprendido del 1 de noviembre de 1.947 al 1 de noviembre de 1.949.

Con ocasión del asesinato en Bogotá del líder liberal Jorge Eliécer Gaitán, el 9 de abril de 1.948, Antonio Luis Baena Sayas, decide radicarse nuevamente en la ciudad de Cartagena, donde ya se encontraban estudiando sus hijos mayores, bajo el cuidado de sus abuelos paternos, los inolvidables Papá Juve y Mami.

En relación con este episodio hay que recordar lo referido por él. La noticia del asesinato de Gai-

tán se difundió rápidamente por todo el país, con reacciones violentas en muchas ciudades y pueblos. En María La Baja mataron al Alcalde que era de filiación conservadora y su cadáver permaneció durante varias horas en el mismo sitio de los hechos, ante el temor de que los francotiradores pudieran seguir disparando. Por ello las personas más importantes del pueblo buscaron refugio en las residencias de los jefes liberales y, al llegar él a una de estas e intentar ocultarse detrás de un escaparte, ya lo encontró ocupado por cuatro personas, entre ellas el jefe conservador Gabriel Sierra Saldarriaga. Lo mismo le ocurrió bajo la cama y en cuanto mueble permitiera una cierta seguridad. Días después pudo viajar a Cartagena, aduciendo su calidad de médico y con el pretexto de que acompañaba a un enfermo grave. Se presentó en la casa de El Cabrero por la parte de atrás, es decir del Malecón, trayendo como único equipaje su diploma de médico.

En el librito de la Familia Baena Pianeta, don-

de Antonio Luis Baena Sayas consignó de su puño y letra los acontecimientos importantes de la familia, se dice:

«El día 22 de abril de 1.948, la familia cambió a Cartagena su domicilio. Desde hacía nueve años había comprado a la sucesión Aynos Corpas la casa No. 53 del Cabrero, donde desde la compra de dicho inmueble habitaban los padres de Antonio L. Baena Sayas. Vendieron los bienes de María la Baja, menos su casa de habitación, y previa compra en unión del hermano Dr. Rafael Baena Sayas, de enseres para Consultorio Médico, se instalaron debidamente en su nuevo domicilio.»

En esta ciudad, después de un período largo en que los esposos Baena Pianeta no tuvieron descendencia, nacieron Edgardo Juan (1.949) y Haroldo de Jesús (1.951). Ya en esta casa, en sus últimos años, llegaba Rafael Castro Matos y le pedía a Josefina Pianeta *«un café, pero mascardo»*, lo que significaba que dicho café debía ve-

nir acompañado de algo sólido, como por ejemplo un pan, patacones o un bollo limpio.

En Cartagena se dedica a su ejercicio profesional, compartiendo como lo hizo durante toda su vida un consultorio con su hermano Rafael Lorenzo, médico pediatra, donde con frecuencia los visitaba su padre en horas de la tarde y, cuando se le decía que esperara para volver todos en carro, manifestaba *«caminado también se llega»*, y en efecto salía a pie solo, aún cuando más adelante se subiera al automóvil.

Sus actividades laborales las cumplía con un horario intenso, pues desde las 7 de la mañana se dedicaba a la docencia en un principio en el Hospital Santa Clara de Cartagena y luego en el Hospital Universitario de la misma ciudad, ubicado en el barrio de Zaragocilla. Después se trasladaba a las oficinas de Medicina Legal que funcionaron en el costado noroccidental del Parque de Fernández de Madrid y luego en el segundo piso del

Edificio Ganen de la Calle de la Universidad. Y en horas de la tarde atendía sus pacientes particulares en su consultorio de la Plaza de los Coches.

De resaltar, la costumbre nunca incumplida de esperarlo toda la familia para almorzar o comer, y nadie se levantaba de la mesa hasta tanto no concluyera la interesante y siempre educadora sobremesa. En algunas ocasiones, mientras se calentaba y ponía el almuerzo, escuchaba radio y se fumaba un cigarrillo Lucky Strike, colocado en una larga boquilla de carey.

Además, se vincula a la Universidad de Cartagena, retomando la actividad docente que ya había desempeñado desde su época de estudiante de medicina, alimentando un amor por dicha institución, el cual mantendría por toda su vida.

Como académico se inició desde muy temprano, pues el 2 de junio de 1927, cuando cursaba tercer año de medicina, se le comunicó que me-

diente Resolución No. 54 de la misma fecha se le nombró interinamente Practicante de la Facultad de Medicina, con funciones de Disector de la asignatura de Anatomía Topográfica y Medicina Operatoria, en virtud de licencia por treinta días conferida al titular.

Al año siguiente, el 31 de mayo de 1928, se le hizo saber que mediante resolución de la fecha había sido nombrado Disector del curso de Anatomía Topográfica y Medicina Operatoria para el período reglamentario de 1° de junio de 1928 al 31 de mayo de 1929, en virtud de haber ganado el concurso que abrió la Facultad de Medicina para adjudicar el cargo mencionado. Este cargo, al igual que los otros cargos que desempeñó en su vida, lo obtuvo por meritos propios y luego de triunfar en los respectivos concursos.

Para el mismo cargo se le nombró para el período anual del 1° de junio de 1929 al 31 de mayo de 1930.

Los Disectores de conformidad con el Reglamento de la Facultad de Medicina tenían entre sus deberes los de ilustrar a los alumnos cursantes en los puntos difíciles o que le sean consultados, presidir los trabajos prácticos de los alumnos en el Anfiteatro y Laboratorios, poner el Visto Bueno a las disecciones de los alumnos de su clase. Es decir, que se trataba del inicio en la carrera docente, la cual como veremos, la recorrió de manera completa hasta obtener los máximos honores que otorga la Universidad de Cartagena.

Luego fue Practicante Interno del servicio de Clínica Médica del Hospital Santa Clara de Cartagena, en virtud de haber ganado el concurso reglamentario para desempeñar el puesto mencionado, por el término anual de 1° de junio de 1930 al 31 de mayo de 1931, y del Servicio de Clínica Infantil del mismo hospital, para el período de 1° de junio de 1931 al 31 de mayo de 1932.

Desempeñó además las siguientes cátedras:

1933: Nociones de Medicina General en la Escuela de Enfermeras del Hospital Santa Clara de Cartagena.

1934: Clínica General de la Facultad de Medicina y Ciencias Naturales de la Universidad de Cartagena.

Como ya se dijo, durante los años de 1.935 a 1.948 se dedicó a la medicina rural en el municipio de María La Baja, donde había establecido su residencia en unión de su esposa Josefina Pianeta Muñoz, y por lo tanto se había desvinculado de la cátedra universitaria.

1951: Jefe de Autopsias en la Facultad de Medicina (Departamento de Anatomía Patológica). Director del Anfiteatro Anatómico del Hospital Santa Clara de Cartagena. Profesor de Anatomía en la Escuela de Enfermeras.

1952: Profesor Agregado del Departamento de

Clínica Semiológica con el carácter de *ad-honoren*, en la Facultad de Medicina. Jefe de Autopsias del Laboratorio de Anatomía Patológica de la Facultad de Medicina.

1953: Profesor Agregado en la cátedra de Clínica Semiológica en la Facultad de Medicina. Profesor Interino en la Cátedra de Clínica Semiológica en la Facultad de Medicina.

1954: Profesor en la cátedra de Anatomía en la Escuela de Enfermeras. Profesor Agregado de Clínica Semiológica en la Facultad de Medicina. Profesor de Psicología en la Escuela de Enfermeras en carácter de interinidad.

1955: Profesor Agregado en el Departamento de Medicina Interna de la Facultad de Medicina. Nombramiento que se le ratificó el 28 de febrero de 1957.

Mediante Acuerdo No. 41 de 1959 (11 diciembre) del Consejo Directivo de la Universidad de

Cartagena se dispuso que serviría el cargo de profesor del Departamento de Medicina Interna de la Facultad de Medicina con una dedicación de medio tiempo y una remuneración mensual de mil pesos, y de manera fiel cumplió con los temas que le eran asignados cada año por los diferentes jefes, pero en especial desarrolló la Semiología.

El 13 de mayo de 1.960 mediante resolución No. 12, se le nombró Profesor Titular en el Departamento de Medicina Interna, aprobada por el Acuerdo No. 18, artículo 10, del 18 del mismo mes y año, con un horario de medio tiempo.

1960: Profesor de Medicina Legal de la Escuela de Enfermeras.

1961: Profesor de Psiquiatría y Medicina Legal en la Escuela de Enfermeras.

Fue clasificado como Profesor de Medicina Interna, con el carácter de Titular, en virtud de la

resolución numero 63 del 26 de marzo de 1962.

Mediante Acuerdo No. 5 del 28 de abril de 1.964, emanado del Consejo Superior de la Universidad de Cartagena, se le fijó un horario de servicios de 15 horas semanales. Y en el mismo documento de su puño y letra, aparece la distribución de las horas en cada día de la semana así: lunes, martes, miércoles y viernes de 7 a 10 am = 12 horas, y los jueves y sábado de 8.30 a 11 am = 5 horas, para un total de 17 horas.

El 19 de agosto de 1974 el Jefe Encargado del Departamento de Medicina Interna, Apolinar Hoyos Fortich le requiere para que defina si acepta aumentar el tiempo laboral dentro de la Facultad. A lo que responde el día 28 del mismo mes y año que acepta aumentar a cinco (5) horas diarias de 7 a.m. a 12 m. en las actividades correspondientes a la Docencia de Semiología y de Consulta Externa.

Con comunicación de fecha 21 de octubre de

1975 presentó renuncia irrevocable como Coordinador del Curso de Semiología. Y el 9 de abril de 1.976, solicitó se le releve del grupo de Profesores programados para las conferencias de Integración Médica, pues tiene compromiso profesional con otra institución, y recuerda que su horario con la Universidad de Cartagena es de 7 am. a 12 m.

El 31 de agosto de 1976 presentó renuncia irrevocable como Profesor de Medicina Interna, después de más de 25 años de labores, para disfrutar de su pensión de jubilación.

Cuando tramitaba dicha prestación alguien le sugirió que aceptara un tiempo completo de ocho horas para aumentar así el monto de la pensión, a lo que respondió negativamente, argumentando que él siempre había trabajado solo cinco horas, y que ahora al final no iba a pasar a ocho horas para incrementar de manera injustificada su mesada pensional.

Posteriormente no aceptó ninguna otra vinculación, a pesar de la insistencia del Decano de la época. Lo que estaba acorde con su inquebrantable decisión de ni siquiera pasar por el frente de las instituciones luego que se retiraba de ellas. Como ya lo había hecho con la Alcaldía de Maria La Baja, cuando con el fin de salir de un burgo-maestre no deseado, aceptó el nombramiento, se posesionó y de inmediato se dirigió hacia la oficina del telegrafista del pueblo para enviar su carta de renuncia. Decía, que el mismo día que se posesionaba en un cargo, elaboraba su carta de renuncia, en atención a que el cargo no era de su propiedad y demostrar así su total disponibilidad a hacer dejación del mismo en cualquier momento.

Nunca aspiró a cargos directivos en la Universidad, pero siempre se le designó para integrar los comités de mayor responsabilidad y representatividad.

Sus clases eran preferidas, lo mismo que se pelea-

ban los alumnos para estar en su grupo de practicas. Cuentan sus alumnos que como jurado de exámenes y al momento de calificar, no era extremadamente rígido, por el contrario tenía una actitud más bien benévola hacía ellos, en contra de sus compañeros de jurado, quienes muchas veces se excedían en su rigor. Anécdota: en un examen de Medicina Interna que le tocó con Isaías Bermúdez como compañero de jurado, se presentó un alumno que estaba sentenciado por el Dr. Bermúdez para ser reprobado. Al terminar el examen y al reunirse para calificar, el Dr. Bermúdez comenzó a decir que el examen que había presentado el estudiante había sido malísimo y que por eso él le ponía 1, Antonio L. Baena, después de dejarlo hablar dijo que él le ponía 5, lo que le permitía al muchacho obtener un promedio de 3 y aprobar la materia. El Dr. Bermúdez se molestó mucho y le dijo: «*Antonio Luis como le vas a poner 5!*», a lo que le contestó, con su amabilidad acostumbrada pero con el carácter propio de los hom-

bres justos, *«yo acaso te he cuestionado porque tu le pusiste 1?»* y así se quedó la cosa.

También fue Profesor de Anatomía en el Colegio Eucarístico de Manga y en el Colegio Mayor de Bolívar Profesor de Higiene General y Social en la Escuela de Servicio Social, donde fue nombrado mediante Resolución 1182 del 3 de Abril de 1957, y Profesor Externo de Psiquiatría en virtud de Resolución 941 del 27 de abril de 1967.

Además de la cátedra universitaria, su otra gran pasión en la vida fue la medicina legal, actividad que siempre le atrajo, pues el día 7 de junio de 1.935 se inscribió en la Alcaldía de María La Baja para prestar sus servicios de Médico Legista, cargo que ejerció hasta el día 11 de abril de 1.948. Posteriormente, y por concurso obtuvo el cargo de Médico Legista de la Oficina Central de Cartagena.

La convocatoria para este cargo la hizo llegar al Alcalde de Maria La Baja el Médico Jefe de la Ofici-

na Legal de Cartagena, Dr. Raúl Vargas Vélez, mediante Oficio Circular de fecha 24 de abril de 1.947.

Pero el concurso sólo se realizó el 17 de octubre de 1.949. Él siempre estuvo interesado en el mismo, tanto que el 2 de diciembre de 1.948 el Director del Instituto de Medicina Legal de Bogotá, en respuesta a una comunicación suya del 2 de julio del mismo año le hace saber *«que en los primeros meses del año próximo se abrirá el concurso para proveer en propiedad algunos puestos de Médicos Legistas de las capitales de los Departamentos»*. Pero el 2 de mayo de 1.949, 5 meses después, insiste en *«saber si siempre han de verificarse (los concursos) pues estoy muy interesado en participar en uno de ellos»*. Cuando al fin se realizó, participó, lo ganó y fue nombrado Médico Legista Ayudante de la Oficina de Cartagena, mediante Decreto No.3854 del 11 de diciembre de 1.949, y se posesionó el 13 de diciembre del mismo mes y año. El tema del examen fue: Epilepsia, Etiología, Descripción, Formas, Psico-

sis epilépticas, Demencia Epiléptica, Reacciones antisociales de los epilépticos, Su capacidad penal.

De esta época surge la gran amistad que sostuvo con el Doctor Francisco Haydar Ordage, su compañero de labores durante más de 20 años, y con sus asistentes Casanova, padre e hijo y Caraballito, quien aún vemos por las calles de Cartagena, como si no le hubieran pasado los años, y apostando a todo tipo de jugadas en el Estadio de Béisbol Once de Noviembre de la ciudad de Cartagena de Indias.

En el desempeño de las labores de médico legista muchas fueron las necropsias de casos importantes que practicó, entre ellas las de Rembertico Quintero, gran amigo de la familia, la del torero español *«El Pinturero»*, quien se lanzó en paracaídas y las brisas decembrinas lo impulsaron mar adentro y fue necesario que algunos de los pescadores del barrio de El Cabrero lo rescataran, pero cuando fue llevado a la playa falleció a

pesar de los primeros auxilios que le prestó Juvenal, hijo mayor de Antonio Luis, quien para esa época se encontraba radicado en Cartagena. Recordaba que cuando se disponían a iniciar la necropsia de rigor, se presentó el empresario del espectáculo, para pedirles el favor que no dañaran la taleguilla, pues el traje de luces había sido alquilado en Bogotá y debían devolverlo. También intervino en los reconocimientos y necropsias de las víctimas mortales del incendio del mercado público de Cartagena, y del accidente del avión de Avianca. En su calidad de médico legista le tocó intervenir en audiencias públicas de sonados casos judiciales, ilustrando con sus precisos y acertados dictámenes a los jueces penales y a los jurados de conciencia.

Siempre, antes de iniciar una necropsia y en presencia del cadáver, rezaba un padrenuestro, implorando la ayuda del Altísimo en tan delicada misión, y solicitando paz para el difunto.

Cuando cumplió 20 años de servicios en la Oficina de Medicina Legal de Cartagena, el Médico Director del Instituto, doctor Guillermo Uribe Cualla expidió la Resolución número 26 del 17 de diciembre de 1.969, en la que se lee:

«Teniendo en cuenta que el DOCTOR ANTONIO L. BAENA, MEDICO LEGISTA AUXILIAR de la OFICINA CENTRAL DE MEDICINA LEGAL DE CARTAGENA, cumplió el día 13 del presente VEINTE AÑOS de estar desempeñando dicho cargo que fue obtenido mediante el concurso reglamentario, la Dirección del Instituto de Medicina Legal deja constancia de la magnífica labor que ha desplegado el doctor Baena a través de cuatro lustros, habiéndose distinguido por su preparación científica, consagración ejemplar y absoluta honorabilidad; le envía una efusiva felicitación y le agradece como es debido, los servicios que ha prestado como colaborador de la justicia penal en su carácter de perito forense.»

Al respecto escribió uno de sus alumnos:

«ANTONIO LUIS BAENA SAYAS, *mi humilde, noble y competentísimo maestro, del cual guardo gratísimos recuerdos cada vez que cae en mis manos un caso difícil, porque él, con su sabia humildad, me dio las bases semiológicas para escudriñar el síntoma; me enseñó la disciplina del estudio metódico y con su personal ejemplo, me enseñó la humildad como piedra sillar, para quien aspire a ser médico, en el más noble y elevado sentido del vocablo, cumplió el día 13 de diciembre, 20 años al servicio de la Oficina de Medicina Legal del Departamento y se retiró de ella el 28 de Febrero de este año 1.970 después de una labor meritoria, en donde no solamente cumplía su labor de Médico Legista, sino de maestro de todo aquel que quisiera aprender los secretos de la necropsia, la realidad de la anatomía, o las sorpresas de la patología*» (Alvaro Ramos Olier, «Lucas, el estudiante contrito». El Universal, 30 de julio de 1.970.)

El Médico Legista Jefe de la Oficina Central de Cartagena, certificó que Antonio Luis Baena Sayas, trabajó como Médico — Legista de esa Oficina sin interrupción desde el 13 de diciembre de

1.949 hasta el 28 de febrero de 1.970, es decir durante 20 años, 2 meses y 17 días. Y agregó:

«Que durante éste largo lapso el Doctor Antonio L. Baena Sayas jamás faltó a su trabajo, desempeñándolo con especial capacidad y competencia, sin haber tomado vacaciones en ningún momento por las siguientes razones: Todo peritaje debe llevar la firma de los dos legistas, el Ministerio de Justicia no nombra el reemplazo del médico que se encuentre de vacaciones y en especial porque la práctica médico-legal requiere de un personal altamente especializado y técnico, con estudios completos sobre Anatomía Humana, Patología, Toxicología Clínica, Psiquiatría, Asfalología, Medicina Laboral, Hematología, Asfixiología, Himenología, Traumatología, Hoplología, Balística Forense, Radiología, Criminología, Antropología Judicial, Obstetricia, Medicina Interna, Tecmeriología, Sexología, Medicina Social, Tanatología, Dermatología, etc, etc, amén de una serie de conocimientos relacionados con los Códigos Sustantivo del Trabajo, Código Penal y de Procedimiento Penal, Códigos Civil y Judicial, etc, etc. Consideramos por todas estas razones que las Oficinas

de Medicina Legal deben contar en todo momento con dos (2) Médicos Legistas altamente calificados por sus conocimientos, responsabilidad, honestidad y seriedad.»

En el año de 1969 el Instituto Colombiano de los Seguros Sociales extendió su cobertura a la ciudad de Cartagena, y Antonio Luis Baena Sayas, como era de esperar, fue vinculado al mismo, mediante contrato de trabajo suscrito el día 10 de abril de ese año como médico internista, y con una dedicación de dos horas diarias. Posteriormente, el día 1 de marzo de 1.970, extendió en una hora más su jornada, para desempeñar las funciones de Médico Legista Laboral.

En el año de 1.976 se realizó una huelga de los médicos vinculados a dicho Instituto, en la que, lógicamente, de acuerdo con su formación y principios de la ética, no participó y por ello el Consejo Directivo del ICSS en su sesión del 16 de septiembre de ese año aprobó la proposición en virtud de la cual:

«agradece y felicita a los Médicos que han estado atentos a la prestación de su sagrado ministerio en sus cargos, en la presente emergencia.»

La Ministra de Trabajo y Seguridad Social, María Elena de Crovo le hizo llegar comunicación para:

«exaltar y agradecer el buen criterio, la entereza de carácter y la lealtad tanto hacia las autoridades como hacia la defensa de la salud de sus compatriotas con que ha sabido usted actuar en la compleja situación que viven los Seguros Sociales y que esperamos ver superada muy pronto para la tranquilidad del país con la colaboración de personas como usted.»

Y superada la crisis el Presidente de la República Alfonso López Michelsen le manifestó:

«Normalizada la prestación de los servicios de salud con el levantamiento del paro médico quiero reiterar la voluntad del Gobierno de no proceder con animo de represalia contra quienes tomaron parte en el paro, y la

confianza de que menos aún quienes dispongan de instrumentos en el campo profesional la ejerzan en perjuicio de aquellos que en cumplimiento de la ley y sus deberes con el Estado no se sumaron al movimiento. Sea la oportunidad de agradecer una vez más a todos aquellos profesionales que con abnegación y valor civil prestaron sus servicios a la comunidad haciéndose acreedores a la gratitud y al reconocimiento del Gobierno y de todos los colombianos que los recordaran como honra y prezo de la profesión médica.»

A pesar de lo anterior el Presidente de Asmedas de la época, Humberto de la Vega Muñoz, de manera irrespetuosa y faltando a la verdad le manifiesta que:

«Hemos tenido conocimiento que el ICSS le canceló a Ud. el mes de Sep/76 y nos extraña (sic) notablemente de que Ud haya recibido este salario a sabiendas de que no laboró a partir del 6 del mismo.»

A nivel de organizaciones gremiales fue Miem-

bro Fundador de la Sociedad Médico-Quirúrgica de Cartagena en el año 1.934 y su Presidente en el año de 1.962, Miembro activo de la Asociación Médica de Cartagena el día 11 de junio de 1.949, Miembro de Número de la Academia de Medicina de Cartagena el día 4 de marzo de 1.952, en unión de su cuñado Moisés Pianeta Muñoz, Miembro Fundador de la Sociedad de Neurología, Psiquiatría y Medicina Legal de Bolívar el 11 de noviembre de 1.954, Miembro del Colegio Médico de Bolívar del que fue elegido Vicepresidente el día 24 de junio de 1.958, Miembro Fundador de la Sociedad de Gastroenterología de Cartagena el 7 de agosto de 1.974, Miembro de Número de la Asociación Colombiana de Medicina Interna el 9 de agosto de 1.974. Miembro de la Asociación Médica Sindical Colombiana, Seccional Bolívar, Miembro Correspondiente de la Academia Nacional de Medicina el 30 de septiembre de 1.988.



Sus Padres Juvenal Baena Suárez y Petrona Sayas Gómez



Familia Baena Sayas | 1915



Monseñor Francisco Garcerant B.



Los esposos Baena Pianeta | 1945



La Casa del Barrio “El Cabrero” con su “Alttillo”



Esposos Baena Pianeta, Bogotá 1960



Con la Familia Pianeta Muñoz. De pie de izquierda a derecha: Amelia Pianeta, Antonio Luis Baena, Josefina Pianeta, Juan Perez y Alicia Perez. Sentados en el mismo sentido: Napoleón Pianeta, Marina Pianeta, Moises Pianeta y Jose Pianeta



La Familia Baena Pianeta | 1955 | Veinte Años de Casados



En un festejo familiar

Dos

Para la construcción de la Avenida Santander, proyectada desde hacía muchos años, le fue expropiada su casa del Barrio El Cabrero, la que había construido enteramente a su gusto, en especial «*El Altillo*», donde se refugiaba a disfrutar de la belleza e inmensidad del Mar Caribe, el cual también le infundía desasosiego y preocupación en las épocas de mar de leva, cuando las olas irrumpían de manera impetuosa en la cocina, atravesaban la casa y salían por la puerta principal. Pero, al mismo tiempo se depositaba del malecón una gran cantidad de arena, que era acumulada por los muchachos del barrio para su posterior venta a los constructores de la ciudad, hasta el día en que los hermanos Manga y Doria arrumaron tal cantidad de arena a las paredes de su casa, que estas no resistieron el peso, y cayeron estrepitosamente. Desde «*El Altillo*» de la casa del El Cabrero, Antonio Luis Baena Sayas vigilaba de manera atenta y permanente el dominical baño

de mar de sus hijos, y presencié estremecido el percance ocurrido a su hijo Antonio cuando, nadando de manera paralela a la playa y con la cabeza sumergida, fue circunvalado por un enorme y hambriento tiburón gris, sin sufrir, milagrosamente, ni un rasguño.

Compró entonces una casa en el Barrio de Manga, la que se encontraba ocupada por unos inquilinos que se negaron a mudarse y hubo necesidad de instaurarle juicio de lanzamiento, y mientras tanto la familia se mudó para la casa que en unión de su hermano Rafael Lorenzo habían adquirido en la Calle de la Moneda en el centro de la ciudad de Cartagena. El 29 de mayo de 1.970 un tremendo aguacero inundó la planta baja y dañó muchos libros y revistas, un verdadero desastre para una persona poseedora de una valiosa y especializada biblioteca.

En el mes de octubre de 1970, por fin es desocupada la casa, y de inmediato se inician los tra-

bajos de adecuación y reparación, bajo la vigilancia de Loncho, quien en unión de un pavo y un gato tomaron posesión de la propiedad. Loncho, cuyo nombre era Feliciano Soto, campesino, oriundo de María La Baja y fiel servidor de la familia Baena Pianeta desde esos tiempos, fungía como jardinero, cuidandero, acompañante y sobre todo comedor de mangos, cuando le *«sacaba el lugar»*, y ese día se despachaba fácilmente 63 mangos. Dormía siempre en hamaca, comía en platos de peltre y nunca tomaba agua fría, para no acostumbrarse a ese lujo urbano, y luego pasar trabajo cuando tuviera que volver al campo. Estuvo por varios años atendiendo con buena mano la siembra de flores y diferentes plantas como yuca, platanitos, caña de azúcar, ají, limones, papaya, pepinos, guayaba, patilla, melón, anón, marañón, que se unieron a los cinco palos de mango y uno de níspero que ya existían en la casa. Estuvo pendiente de las solicitudes de Antonio Luis Baena Sayas, hasta el memorable día en que Josefina Pianeta Muñoz le dio una orden. Recibir esa orden y sacar sus co-

rotos fue una sola cosa, aduciendo como razón que *«¡cuando se ha visto un hombre mandado por una mujer!»*. Antonio Luis Baena Sayas tuvo también buena mano en la siembra, en especial con unas palmeras que dedicó a cada una de las familias iniciadas por sus hijos. No contó con igual suerte con el mango injertado de la entrada de la casa, que le gustaba muchísimo. Le salió macho. Solo atinaba a decir que las mejores cosas de la naturaleza, traían pocas semillas o no se reproducían con facilidad.

La casa estaba conformada por una amplísima sala, cuatro habitaciones de cinco metros por todos los lados, comedor y cocina, dos cómodos baños y además un enorme patio donde los nietos podían jugar béisbol y fútbol al mismo tiempo, y aún quedaba espacio donde se construyó una acogedora terraza, la que ha sido escenario de los grandes acontecimientos familiares.

En abril de 1976 murió su madre Doña Petro-

na Sayas a la edad de 89 años. Con ella había sido un hijo primogénito modelo. Ella vivía con él y su familia en la casa de Manga. Todos los domingos, hasta que ella ya no podía levantarse, él le daba un recorrido por el amplio patio de la casa, temprano antes de que subiera el sol. Él la llevaba del brazo al paso muy lento de ella y un nieto cargaba el mecedor, que por ser de aluminio no pesaba, y cada pocos metros la sentaba. Entonces él o el nieto le leía a la anciana una tira cómica del periódico del domingo. Las que más le gustaba escuchar era Educando a Papá, Don Abundio y Pomponio. Una tarde la anciana se desmadejó en su mecedor y él, creyendo que había fallecido, la tomó en sus brazos mientras lloraba agobiado. Mami, que así le decían por cariño, hizo una inspiración profunda y abrió los ojos grises, dándole un respiro al soliviantado corazón del hijo, para morir varias semanas después, tranquila, en su cama. Ese mismo año él se retiró de su cargo de profesor en la Facultad de Medicina de la Universidad de Cartagena para

gozar de su pensión de jubilación. Para esta ocasión manifestó:

«Con sencillez he ejercido mi labor docente. Aun cuando traté siempre de actuar de manera adecuada, pues he creído que se estructura bien al estudiante con un comienzo básico; ó sea con la práctica intensa de la Semiótica, que permite ver mas y comprender mejor.

Además, la práctica docente me permitía continuar dentro de mi querida Universidad de Cartagena, adquiriendo conocimientos y en donde he podido observar de cerca, para poder pregonarlo, el enorme progreso que ha realizado, pese a la infecunda labor de los que la denigran.

Sin embargo circunstancias personales, lógicas y naturales me obligan hoy, muy a mi pesar, a retirarme de la Universidad de Cartagena, presentando ante el Despacho a su digno cargo, renuncia irrevocable como PROFESOR de Medicina Interna. Pero mientras viva seguiré pendiente de todo cuanto en ella acontezca

y de lo que aún pudiese yo modestamente aportarle, por lo tanto que le debo.»

El Consejo Directivo, acepta su renuncia en el Acta No. 36, correspondiente al día 2 de septiembre de 1976, en la que se lee como segundo punto del orden del día:

«2.- RENUNCIA DEL DOCTOR ANTONIO BAENA SAYAS. Por la Secretaría se da lectura a la comunicación de 31 de Agosto, enviada por el Doctor Antonio Luis Baena Sayas, al señor Rector, constante de un (1) folio, con la que presenta renuncia como docente después de haberlo sido ininterrumpidamente por varios lustros.- El doctor Álvarez expresa que desea exaltar la gran labor desarrollada, no solo por las excelsas cualidades, sino también por el cumplimiento del deber, jamás faltó, ella fue toda una labor excelente, se destacó por el espíritu de compañerismo tanto con sus colegas como con los estudiantes.

Acto seguido se conforma el siguiente proyecto de Re-

solución: 'Aceptar la renuncia presentada por el Doctor ANTONIO LUIS BAENA SAYAS como docente de la cátedra de Medicina Interna que regenta en su categoría de Profesor Titular, cargo adscrito a la facultad de Medicina, y resaltar la constante superación, la consagración, la puntualidad y el espíritu de compañerismo con que se distinguió en las cátedras que regentó durante todo el tiempo de su labor docente'.

Acto seguido la Presidencia somete a consideración el anterior proyecto y ES APROBADO por unanimidad.»

Lo anterior se cumplió mediante la Resolución No. 111 del 2 de septiembre de 1976.

Como dicen Carreño y Luis Carandell en sus libros respectivos: Urbanidad y El Tratado de las Obligaciones del Hombre, Antonio Luis Baena Sayas siguió dedicándose como siempre a Dios, a los demás y a el mismo. En ese orden.

Ya en su retiro, su rutina apenas cambió. Por

las mañanas se dedicaba a la lectura y estudio particular de su Biblia, la cual dejó con muchas anotaciones de sus pareceres e interpretaciones. Lo mismo hacía con El Quijote o con García Márquez. También leía los periódicos del día de El Universal y El Tiempo. Al mediodía el almuerzo era típico con algún plato cartagenero, pero siempre sin nada artificial. No permitía que se usara siquiera un pedacito de las pastillas de caldo de carne o de gallina y le gustaba acompañarlo con chicha de arroz. El almuerzo, a diario, era un momento de sosiego para calmar el hambre corporal y el espiritual. Se referían anécdotas, se recordaba a los familiares viejos o ya fallecidos, se daba un parte de la situación social de la ciudad. Algunas veces las sopas debían ser llevadas de nuevo a la cocina para ser calentadas otra vez. Un almuerzo corriente en su casa podía durar alrededor de una hora. Todo eso era seguido por una siesta que llevaba rigurosamente desde toda su vida. La dormía en su cama, la que siempre trató que fuera de lona, por lo fresco que es este material. Concilia-

ba el sueño, el cual ya traía «*cazado*» desde el final mismo del almuerzo, acostándose supino y se ponía a medio separar y volver a cerrar las piernas levemente y de manera repetida, lo cual le dio una consistencia callosa a la parte posterior de sus talones. Si se profundizaba en demasía los ronquidos eran portentosos pero armoniosos y más de una ocasión asustaba a los circundantes con un despertar azaroso por la sensación de ahogo que le daba, tal vez, una apnea del sueño. En esta época la siesta llegaba hasta las 2 pm aproximadamente. Al levantarse se acicalaba, se vestía siempre con camisa manga larga, a veces de mancoronas, corbata y zapatos marca Sebastián (por lo suaves, por lo general regalados por su hija María) y partía para su consultorio que, ya por esos días lo tenía, como siempre con su hermano Rafael Lorenzo, en el cuarto piso de edificio del City Bank. Al llegar allí lo primero que hacía era quitarse la camisa y la camisilla. La primera la colgaba en una percha y la segunda la colocaba sobre un ventilador de pie, cilíndrico, que expelía un

viento atronador. Se colocaba la bata y luego se dedicaba a la atención concienzuda de sus pacientes en consultas de hasta una hora. Habría sufrido muchas molestias si le hubiera tocado atender a los pacientes en 15 minutos como lo obliga el sistema colombiano de salud actualmente. Seguramente seguiría atendiéndolos igual que entonces, siendo su entrega profesional presa fácil para los mercantilistas de la salud de hoy día. Casi al final de la jornada recibía diariamente a algunos de sus nietos. Estos se sentían importantes por que sabían que al salir el paciente que estaba en la consulta, ellos entraban como Pedro por su casa a saludar al abuelo y, casi siempre, se quedaban dentro, en un rincón, atentos y sin molestar, observando el quehacer juicioso del médico. Esto definitivamente influyó para que algunos de ellos se convirtieran más tarde en galenos, sin alcanzar en lo más mínimo el lugar que el Dr. Antonio Luis Baena Sayas ya había logrado por esos días. En algunas ocasiones él les pedía a sus nietos que se retiraran durante una consulta, seguramente por

el grado de empatía que ya tenía con el paciente o por la gravedad de los asuntos a tratar. Pero volvían a entrar en la siguiente.

Su relación con sus nietos fue verdaderamente especial. Ellos le servían de vigilantes, de organizadores de las citas y hasta de cobradores. Esto último lo hacían de manera particular cuando las empresas y colegios exigían una fluoroscopia pulmonar como parte de sus exámenes de ingresos. En esos días abuelo y nietos llegaban a las 2 p.m. cuando ya la fila de personas que iban por dicho examen podía ir desde la puerta del consultorio en el cuarto piso, bajar por las escaleras apretadamente, recorrer el *hall* del edificio y salir hasta la esquina de la cuadra. Antonio Luis Baena Sayas llamaba el ascensor con la rodilla del dedo índice, para no contaminarse el pulpejo, ya que esta es una zona que luego podría ser usada desprevénidamente para comer o para pasársela por la cara. Al llegar al consultorio él se quedaba en el cuarto de Rayos X y los nietos ponían el sello de Positi-

vo o Negativo en los certificados según las indicaciones del abuelo. En alguna ocasión, uno de esos muchachos, Juan Antonio, se tomó una atribución de más: le colocó a un certificado, además del sello que correspondía, una anotación de su inspiración que decía «¡Vaya a perder el año!». La molestia del médico fue rotunda y la reprimenda, tal vez de las pocas que dio, fue en tono bajo pero contundente y ejemplar, como él sabía reprender. En ese entonces ese examen costaba cien pesos. En el consultorio les daba a los presentes, algunas nociones de semiología médica o de historia de la medicina. Jamás se refería a los casos médicos en particular por obvias razones. Esto podía hacerse en las pausas entre consultas o al final de la misma, cuando tocaba esperar la llegada de su esposa Josefina, quien siempre, cada tarde, pasaba por él para regresar juntos a la casa cada noche. La sesión con ellos sucedía en una ventana para tomar el fresco del crepúsculo. Se rifaba o se determinaba por común acuerdo quien se sentaba en la única silla que estaba dispuesta para ese

momento, que era una silla alta de madera como de bar. El le daba vuelta a la camisilla sobre el ventilador y ellos lanzaban su grito de guerra: «¡Abuelo, cuéntanos una historial!»

En esos momentos, que se sucedían en realidad desde cuando el consultorio lo tenía en la Plaza de los Coches, ellos se enteraron de primera mano de los hitos de la vida del abuelo. Una que repetía con alguna frecuencia fue la que le aconteció con quien fue su padrino de bautizo. Una tarde el padrino le dijo que lo esperaba luego en su casa. Por diversas circunstancias el no pudo asistir. Al día siguiente se enteró de que su padrino había muerto en la noche. Había esperado un tanto y luego se recostó bien vestido sobre una sabana blanca y allí murió. Parece que la sabana le sirvió de mortaja. «*Muchas veces en la vida me he preguntado que me quería decir*» les repetía al contar ese pasaje.

Otra anéctoda referida era que en su casa muchas veces no había que comer, y que su madre,

Petrona, batía agua, solo agua, cerca de la pared que los separaba de la casa vecina para que los del otro lado pensarán que estaban batiendo huevos. Allí ellos se enteraron que la abuela de él tenía la frase: «*Cada cabeza es un mundo*». Hablaba mucho de sus ancestros. Refería con claro dolor y abatimiento la muerte de su padre Juvenal Baena Suarez y orgullosamente contaba que había sido un gran carpintero, importante en el gremio de artesanos de la ciudad, gran nadador que en una travesía hasta la escollera submarina le había dado un calambre en la mitad del camino. Logró solventar este peligroso contratiempo nadando al estilo «*perrito*» hasta llegar a dicho punto, donde pudo descansar y emprender el regreso. A propósito, corregía inmediatamente y todas las veces posibles a quien dijera: «*me regresé*». Le decía: «*No señor, el verbo regresar no es reflexivo*». Igual acontecía con «*me devolví*», pues la expresión correcta es «*volví*», y agregaba «*lo que se devuelve son las cosas*». En esas tardes, llenas de fraternidad, jovialidad y claro cariño, cuando alguno de los niños, movi-

do por el amor que le tenía al viejo, le decía abuelito, él lo corregía con seriedad relativa diciéndole que no lo llamara así, si no simplemente abuelo.

Daba una cátedra de historia de Cartagena cada tarde. Los nietos se enteraron de cómo era Cartagena a principios del siglo XX: Había un barrio pegado a todo lo largo de las murallas, que un Alcalde loco había tumbado gran parte de esas fortificaciones, que otro o tal vez el mismo, había desadoquinado las calles de la ciudad, que el primer campo de béisbol quedaba en el playón de La Matuna. Una de las historias que más le gustaba contar era la de los valientes personajes que opusieron la más clara resistencia a la reconquista española y que fueron ejecutados al iniciarse dicha reconquista. Se sabía cada nombre y cada historia de esos personajes cuyos bustos se ostentan en el Camellón de los Mártires. Los nombres los enumeraba sin vacilación, con una breve nota de las características o de la personalidad de cada héroe: José García de Toledo, Antonio José de

Ayos, Manuel Del castillo y Rada, Martín J. Amador, Manuel Rodríguez Torices (ahorcado en Bogotá), el momposino Pantaleón Germán Ribón, el santaferense José María Portocarrero, el africano Manuel Anguiano, el irlandés Santiago Stuart y el samario Manuel Díaz Granados y Núñez Dávila. Refería también que cuando era inminente la caída de la plaza, y primó entre los cartageneros la tesis de la emigración, salieron por la Boca del Puente en la tarde del 5 de diciembre de 1915 dos mil hombres que se lanzaron al mar, sin rumbo fijo, embarcándose en las naves del Comodoro Aury en la playa del Arsenal, y entre ellos iban Antonio Baena y Remigio Baena. De las leyendas de la ciudad las que más les refería era la de la Virgencita de la Popa y la del Cristo de la Expiración. También aquella que dice que doña Soledad Román iba periódicamente al mausoleo de su difunto esposo, Rafael Núñez, y le limpiaba el polvo de los vestidos, le arreglaba la barba y hasta le cortaba las uñas al cadáver. Casi siempre hablaba de Cartagena una y otra vez, concluyendo que era

la ciudad más bella del mundo y hacía la recomendación que cuando ya fueran trabajadores, si se podía, tuvieran una oficina con vista al poniente y que cada tarde suspendieran su trabajo un rato y se dedicaran a ver los atardeceres de esta ciudad. Las enseñanzas no se limitaban a momentos tan sedentarios. Las caminatas eran una típica escuela peripatética. Mostraba esto y aquello. La estatua de *Noli me tangere*, que representa a Cartagena diciéndoles a los piratas «*No me toquéis*», como lo había hecho Jesús con María Magdalena; el parque del Centenario y sus estatuas en cada entrada. Mostraba predilección por la estatua de El Trabajo, que representa a un artesano, por que su padre había sido uno. Paseaban por las murallas, sobre todo por el área de la Tenaza y por una zona muy estrecha que el llamaba la murallita del diablo. Con el conocieron sus nietos esa extraña zona de Cartagena en donde sopla viento constantemente: «El Abanico de los Pobres.» En la travesía salían a relucir, como preparadas muchas advertencias: «*No crucen*

la calle si no están seguros de hacerlo sin correr, ya que tendría mayor probabilidad de tropezar y caer, o nunca saben cuando les va a fallar el cálculo de la distancia o se pueden lesionar, en la mitad de la calzada un tobillo o una rodilla y quedar a merced del carro que se aproxima». «Miren para ambos lados de la calle, aunque esta sea de un solo sentido. Vean que esta es una ciudad turística y puede venir un forastero, en un carro, y no sabe la dirección de las calles». Al entrar a un establecimiento, no dejaba que alguno del grupo se sentara de espaldas a la puerta de la calle, «por que puede entrar un loco y darles un trancazo y ustedes no lo ven y por lo tanto no lo pueden prever». Una tarde un extraño se le acercó y le preguntó de manera amigable que si él era el Doctor Antonio Luís Baena. Él le contestó que no. El hombre se alejó y el nieto que esa tarde lo acompañaba le preguntó el por que negó su identidad, él le contestó: «Nunca le digas tu nombre a un extraño de la calle, por que podría venir con la intención de hacerte daño y solo necesita estar seguro de que tú eres tú». Si alguno se reía de algún defecto o de las manifestaciones de vejez

de alguna persona él le decía: «*No te rías que donde el compró hay de venta*».

Una ocasión les dio a conocer el siguiente hecho: Que él fue reclutado para el servicio militar. El día de su ingreso le hicieron una prueba de tiro al blanco. ¡PRA! Dio en el blanco. Le ordenaron un segundo disparo y...¡PRA! otra vez en el blanco. Orden de otro disparo y...¡PRA! en todo el blanco otra vez, y el jefe, un cachaco, ante la reiterada puntería, lo único que expresaba tocándole ligeramente el hombro era: «*Muy bien*». Inmediatamente lo ascendieron a Cabo Segundo. Los nietos quedaron estupefactos y rascándose la cabeza y hasta los días de hoy no habían podido dilucidar que tan cierta es esa anécdota, ya legendaria en la familia. Sin embargo, en su archivo consta que el 14 de mayo de 1929, el alcalde del Distrito certificó que estaba aplazado por 5 años por ser estudiante de Medicina y el día 20 del mismo mes y año fue declarado inhábil por sufrir asma esencial.

Inculcaba la importancia de saberse todo el Himno Nacional y repetía la anéctoda de por que él se lo aprendió tempranamente: Siendo estudiante del Colegio San Pedro Claver, algún profesor quiso averiguar que estudiantes se sabían el Himno. Solo uno lo supo totalmente y era un niño cubano. La literatura hizo parte de esas tertulias vespertinas. Gustaba recitar y ellos de escuchar el soneto de Doña Elvira de Leonardo de Argensola, y el de los Dos cazadores. Ambos los reproducimos abajo.

Soneto

*Yo os quiero confesar, don Juan, primero,
que ese blanco y carmín de doña Elvira
no tiene de ella más, si bien se mira,
que el haberle costado su dinero.*

*Pero también que confeséis yo quiero
que es tanta la beldad de su mentira,
que en vano a competir con ella aspira
belleza igual en rostro verdadero.*

*¿Qué, pues, que yo mucho perdido ande
por un engaño tal, ya que sabemos
que nos engaña igual Naturaleza?*

*Porque ese cielo azul que todos vemos
ni es cielo ni es azul; ¿y es menos grande,
por no ser realidad, tanta belleza?*

Los dos Cazadores

*Que en una marcial función,
O cuando el caso lo pida,
Arriesgue un hombre su vida,
Digo que es mucha razón.*

*Pero el que por diversión
Exponer su vida quiera
A juguete de una fiera
O peligros no menores,
Sepa de dos Cazadores
Una historia verdadera:
Pedro Ponce el valeroso
Y Juan Carranza el prudente*

*Vieron venir frente a frente
Al lobo más horroroso.*

*El prudente, temeroso,
A una encina se abalanza,
Y cual otro sancho Panza,
En las ramas se salvó.
Pedro Ponce allí murió.
Imitemos a Carranza.*

También le gustaba enseñar el Ave Maria en varios idiomas y el que mas hizo carrera fue el rezado en italiano:

*Ave Maria piena di grazia, il Signore è con te.
Tu sei benedetta tra le donne e
benedetto è il frutto del tuo seno Gesù.
Santa Maria, Madre di Dio, prega per
noi peccatori,
adesso e nell'ora della nostra morte.
Amen*

O enseñaba aquel famosísimo retruécano en el que Francisco de Quevedo se atrevió a decirle coja a la reina de España: Se presentó ante la dama con dos flores y colocándole una flor a cada lado le dijo: *«Entre el clavel blanco y la rosa roja, su majestad escoja»*

Al finalizar la jornada laboral y familiar a la vez, su esposa Josefina, quien venía de hacer un acostumbrado recorrido por la zona comercial del centro de Cartagena, con paradas en los almacenes Bazar Cálcuta, Almacén Fadul, Yabrudy, Fuller, Joyería Cesareo y el de Las Torres, llegaba a recogerlo como venía haciéndolo desde todos los años. El disponía las muestras medicas que había recibido esa tarde en un paquetito bien apretado y salían. Compraban pan fresco para esa noche y el desayuno o bollos limpio y de coco. También compraban panes para los nietos, de quienes se despedían dejando en firme la cita para el día siguiente a la misma hora. Regresaban a la casa muchas veces en un mismo taxi que conducía un

señor de apellido Esquivia. En alguna ocasión lo hacían en coche de caballo. Ya en la casa permanecía presentablemente vestido hasta que fuera una hora en la que fuera improbable la presencia de algún visitante.

Decía que el hombre debía ser feo. El se consideraba así, y jocosamente se trataba como «*Maluco pero con gracia*». Esa misma frase se la decía a cada uno de sus nietos varones. Por ello, con la jovialidad que existía entre el viejo y los niños, terminaban tratándose y llamándose como «*maluco*» entre todos ellos. O simplemente «*malu*». Tenía la costumbre de peluquearse donde Martelo, en la Calle del Arzobispado, un hablador empedernido, pero que al parecer él gozaba escuchándolo. Cuando el barbero iba a colocarle la capa en el cuello, él colocaba el dedo índice, erecto, frente a su garganta para garantizar que no le quedara muy apretada y no lo fuera a ahorcar.

A pesar de su reconocida actitud pacífica, no

toleraba desmanes o insultos a algún miembro de su familia, como lo sucedido con su hijo Edgardo, quien comenta directamente un hecho:

«Teniendo una edad aproximada de 10 años en 1959 caminando con mi Papá por la esquina de la Joyería Cesáreo, yo me adelanto un poco antes que él, al llegar exactamente a la esquina un voceador de prensa me dio una cachetada, yo me quede quieto mirando a mi papá, él llega con mucha tranquilidad a la esquina y cuando estuvo a la distancia precisa le dio una trompada al voceador quien cayó al piso, me tomó de la mano y continuamos caminando, con el asombro de todos los que estaban en esa esquina».

Igualmente respetaba las decisiones o ideas de todos los demás, pero así mismo esperaba que las suyas también lo fueran por aquellos.

El día 24 de cada agosto recordaba que era el día de San Bartolo. *«Es el día en el año en el que sueltan al diablo».* Esto lógicamente despertaba

sobresaltos y mucha curiosidad en los pelados (como se le llama a los menores en la costa). Esa afirmación se adobaba inexplicablemente con unos cambios atmosféricos acordes con ella: tardes oscuras, frías, olorosas a tierra y acompañadas de vientos que hacían golpear las alas de las ventanas. Ese día, a las 12 del mediodía, si se coloca una palangana a medio llenar de agua pero con un espejo dentro de ella, se puede ver el rostro del diablo. Así el niño, con una curiosidad temerosa, se acercaba a ver la tenebrosa figura, pero lo que terminaba viendo era su propio rostro reflejado en el espejo que estaba en el fondo del recipiente. Además, ese día hay que fabricar una crucecita de palitos o de palma para alejar cualquier avance del Maligno.

Todavía en esos años gustaba de ir, cada febrero, a subir al Cerro de la Popa. Muy temprano, aproximadamente a las 5 a.m., salían de la casa él, su esposa Josefina y algunos de sus nietos (los mayores, que rondarían entre los 7 y 10 años ape-

nas). Hacían la escalada por la carretera y en ocasiones por los caminos «*tramposos*» (atajos) de los cuales el más celebre era el de «*La papayita*». Al llegar a la iglesia que hay en la cima, se escuchaba misa y luego se procedía a dar cuenta de algunas cañas de azúcar. Luego se hacía el regreso usando varios de esos caminos tramposos.

Los sábados tenían una costumbre que perduró por muchos años. En la mañana era casi sagrado darle cuerda al reloj de pared. Se dedicaba a remozamiento de la casa. Pintaba con sus nietos las macetas, generalmente de rojo. Sembraban algunas plantas, entre las que sobresalía una de flores salmónes con la semilla negra en su centro, parecida a una pimienta de olor, y que se llamaba «*Buenas tardes*». Empajaba los mecedores. Esta labor trató de enseñarla a varias personas, pero pocos la aprendieron. Tal vez el único que existe que la aprendió de él y que llegó a tejer incluso de manera comercial, es Orlando Acevedo, hermano de una de sus nueras, esposa de Carmelo. Lue-

go al mediodía asistía con su esposa a la misa de 12 en la Catedral. Esa era una misa de las largas. Luego se dirigían a un almuerzo ofrecido por algunos de sus hijos, generalmente Antonio o Carmelo. Donde el primero degustaba una sabrosa sopa de mondongo y en la casa del segundo un pernil de cerdo asado. En la casa donde almorzarían dormían la siesta, que siendo sábado, era prolongada. Luego regresaban a la casa de Manga y el se disponía a gozar con uno de sus programas favoritos de la TV: «*Sábados Felices*», durante el cual dejaba a medio escapar varias carcajadas que él lograba que fueran francas pero insonoras y que solo se hacían evidentes por unos movimientos repetidos de sube y baja de sus hombros y la presencia de lágrimas alegres en sus ojos. Anotaba cada chiste, aunque fuera malo, para recordar cual era el ganador. Tenía un gran sentido del humor. Como ya se ha comentado, gozaba cualquier chiste: de los que viera en la televisión, leyera en las tiras cómicas o que le refirieran directamente. Cuando escuchaba un chiste malo (de «*cero pun-*

tos» como a veces los calificaba) por mas que quisiera aparecer serio, comenzaba a esbozar una sonrisa que por fin terminaba en una risa entre burlesca y gozosa como si hubiese escuchado el mejor de los cuentos. Una vez un sobrino llegó a mostrarle el carro que había comprado. Le explicaba al tío todos los pormenores mecánicos y de línea del automotor. El tío solo se limitó a tocar la bocina tres veces y al escuchar el sonido se volvió al propietario y con cara docta en el tema le dijo *«muy buen carro»*.

Los domingos los comenzaba temprano. Misa a las 6 de la mañana en la parroquia del barrio: la de la Santa Cruz. Luego el desayuno que era frugal como todos los días. Ya los nietos estaban con él porque habían asistido juntos a la misa. En este momento venía otra actividad que puso en contacto a los pequeños con la medicina. Hojeaban las revistas de literatura médica para pescar las hojas de propaganda. Estas eran retiradas si no tenían en su respaldo algún artí-

culo especializado. Pero esta actividad era convertida enseguida en otra más acorde con la edad de los pelados. Las hojas arrancadas el abuelo las convertía en barquitos o avioncitos de papel o en algo más hermoso: Origami de gallitos. Ellos aprendieron a hacer estos gallitos, pero tal vez ya lo olvidaron. También hacían espadas y cadenetas. Luego pasaban a otra sesión de remozamiento locativo. En estas sesiones les enseñaba a usar el serrucho, el martillo. Les indicó como clavar una puntilla con el menor número de golpes. Como sacar un clavo. Les enseñó el nombre de muchos instrumentos raros para ellos como el berbiquí. Había sesión de cepillado de maderas, clavado y pintado de las mismas. Nueva tanda de macetas pintadas, advirtiéndoles que un buen pintor no se manchaba. Se pintaban puertas, se cambiaban o se tensaban las lonas de las camas. Se cambiaban anjeos. Luego con cavador en la mano se abrían huecos para otras plantas. Se recogían hojas secas y se quemaban en el centro del patio. Se levantaban los mangos caídos o,

con una vara que tenía una cesta con un borde curvo como garra, se desprendía los mangos maduros para que no descalabrarán a alguien. Todo ello con indicaciones tranquilas y con calma. Era un incansable sin prisas.

El domingo en verdad que era especial en esa casa. Al mediodía comenzaba a llegar cualquiera que fuera de la familia a disfrutar de ese día en esa estancia amplia y cálida. Así llegaban a reunirse abuelos, hijos y nietos. Pero en muchos otros domingos llegaba su hermano Rafael Lorenzo y algunos hijos y nietos de este. Incluso hijos y nietos de la hermana ya difunta Alicia. Podía haber hasta 30 personas o más. Los niños se disponían a la algarabía mas grande que acompañaba a juegos como la Lleva, el escondido, Que pase el Rey. Al crecer se dedicaban al fútbol, el béisbol o al Hombre en Base. Si uno de los niños menores estaba jugando en el grupo de los más grandecitos, el abuelo salía al patio, lo señalaba con el dedo y le indicaba, sin necesidad de decirle una palabra, que

se quedara sentado viendo o que jugara con los de su edad. Los adultos se dedicaban a jugar Dominó. Al mediodía aparecía el almuerzo el cual se olía desde la llegada de todos. Generalmente era un gran sancocho bien paloteado que se servía en tres mesas. Algunas de esas mesas podían tener hasta dos turnos de comensales. Todas las mujeres ayudaban a servir los platos, ya que las empleadas del servicio doméstico se iban los domingos por la tarde. Era el momento en que la unidad familiar se fortalecía y ese momento era fomentado, como no, por Antonio Luis Baena Sayas de la manera más sutil. Todos le prestaban atención a todos, pero eso ocurría, sin proponérselo, a través de él. Cada actitud, cada pensamiento, cada motivación ese día tenía que ver con el viejo Baena, la abuela Josefina o con ambos. Al final del almuerzo él solo decía: «*Bueno, ahora a reposar*», que significaba que él iba a dormir la siesta. Pocos tienen un respeto tan merecido que pueden dar órdenes pasivas. Los nietos se aquietaban por un rato y se sentaban en el patio o en la bi-

biblioteca. Alguno, por el cansancio de lo ya jugado, subía los pies en algún mueble. El pasaba por su lado y solo le decía socarronamente: «*Baja los pies que no eres gringo*», frase que mostraba el poco afecto que tenía por dicho país y su gente, aun cuando fue miembro del Centro Colombo-Americano años antes, como también lo fue de la Asociación Colombo-Mexicana. Se levantaba algunas horas después y su aparición en la terraza era festejada en una romería de niños corriendo y gritando a reanudar los juegos que se prolongaban hasta la prima noche cuando cada madre recogía sus retoños y se iban para sus casas respectivas con el compromiso tácito del reencuentro, exactamente, una semana después. A propósito de esas madres, nueras del Doctor Baena, conocían a sus hijos de tal modo que una noche se suspendió la luz eléctrica y ellas salieron a la terraza donde, claro, saltaban los hijos. Los llamaron y ellos, siempre obedientes, se dirigieron a la casa. Las mamás, en la oscuridad solo les bastaba cogerlos por las muñecas para irlos clasificando con un «*este es mío*».

Uno que otro domingo, hacía su aparición el cuñado Moisés Pianeta Muñoz. Su llegada era hacia las 9 o 10 de la mañana y se hacía evidente cuando agarrado de los bolillos de ventana de la sala se anunciaba con el grito: «*Hermanita!*». Enseguida entraba y se sentaba de una manera característica: Apoyaba en el asiento no los glúteos sino la región lumbosacra de la espalda y cruzaba las piernas de tal modo que la rodilla de la que quedaba encima, apuntaba de manera directa y perpendicular al techo. Y empezaba a echar cuentos, anécdotas y chistes. De esas anécdotas una que contaba era en la que refería que para ir a visitar a una novia debía cruzar un terreno plagado de culebras. Él lo hacía con desparpajo y valentía, ayudándose solamente de una varita con la que iba apartando mapanas, cascabeles y corales por un lado y boas y hasta pitones por el otro. Él se persignaba haciendo la señal de una cruz grande, «*para que el Diablo la viera desde lejos*».

También contaba que siendo profesor de

dermatología se fue para Inglaterra a un congreso. Luego de este visitó otras ciudades europeas. Varios meses después regresó a sus clases y los alumnos le preguntaron por las novedades en la especialidad. El Doctor Moisés Pianeta Muñoz les comunicó de manera aplastante: *«Muchachones! Todo lo que les había dicho antes BORRENLO»*. Antonio Luis Baena Sayas lo escuchaba sacudiéndose silenciosamente de la risa y comentaba con quien estuviera a su lado, en voz baja: *«Son los mismos cuentos de hace 50 años, pero siempre los va aumentando»*.

Para esa época ya había terminado su labor como Profesor de la Facultad de Medicina, y posteriormente la Universidad de Cartagena le otorgaría el título de Profesor Emérito, aprobado por el Consejo Directivo de la Facultad de Medicina de la Universidad de Cartagena, mediante Acta N° 06 del 30 de Agosto de 1978, donde dentro del punto de las proposiciones se dijo:

«Se lee la siguiente proposición dada por los Profesores»

res de Medicina Interna, los cuales solicitan al Honorable Consejo Directivo de la facultad, se le conceda el título de PROFESOR EMERITO al Dr. ANTONIO LUIS BAENA SAYAS, ex profesor de esta Facultad, donde se distinguió por su alto sentido de la docencia y de los principios éticos que rigen la profesión médica. Todos los miembros aprueban esta solicitud.»

Esta distinción le fue conferida mediante Resolución N° 116 del 20 de diciembre de 1978, del Consejo Directivo de la Universidad de Cartagena.

En ese mismo año compra el carro, un Renault 12-Break blanco. Se convirtió en el carro de la familia entera. Y con el carro llegaron los choferes, ya que el no manejaba ni tampoco los hijos que aun quedaban en Cartagena, a excepción de Haroldo y Antonio. Esta nueva situación dio a revelar otra de sus facetas, en la que también se desempeñaría con altura, filantropía y corrección: la de patrono. Para un diciembre, el chofer de turno, de nombre Elberto, recibió su prima de navi-

dad. Esa misma tarde el chofer llevó a Doña Josefina al centro de la ciudad. Ella entró al almacén Magali París y al salir encontró al chofer muy compungido hasta las lágrimas. Al preguntarle el por que de ese estado, el hombre le contestó que había perdido, sin saber como, todo el dinero que había recibido como prima. La señora lo regañó por su descuido. Al llegar a la casa, Josefina, su esposa, lo puso al tanto de la situación. Él, entonces, llamó al chofer y al este contarle lo que había sucedido, aquel, sin más, volvió a extenderle otro cheque igual al que le había girado pocas horas antes. El hombre, sobra decirlo, pasó una navidad feliz.

El carro fue una gran ayuda para todos en la familia, pero también traía sus problemas. Un día el hijo Antonio iba en el carro cuando fue embestido por un camión repartidor de gaseosas. Sufrió un accidente aparatoso y grave. Pocos días después llegaron a la casa del médico unos representantes de la empresa de bebidas a la que perte-

necía el camión. Iban a comunicarle que la empresa quería hacerse cargo de los gastos médicos del tratamiento del hijo accidentado. Con la cordialidad precisa y la dignidad que siempre mostró, les contestó que estaba contento con el solo hecho de que su hijo estuviera vivo y que él mismo, como padre que era de él, podía correr con los gastos del tratamiento. Y así ocurrió.

A pesar de los episodios que conllevaran algún grado de dificultad o de tensión, él siempre se mantenía íntegro y atento a cualquier requerimiento de su familia en cualquier punto de vista: médico, sentimental, económico, administrativo, educativo y hasta recreativo, para todos pero en especial, en ese tiempo, para sus nietos.

Seguía vigilante de la salud de todos en la familia. Un caso que le preocupó hasta su fin, fue el de su hijo Carmelo. Este era de personalidad jovial y de mente rápida para los cuentos y chascarrillos, agudo y suspicaz para su carrera de aboga-

do. Siempre de poco comer y noctámbulo amante del teatro y de la literatura española, así como de la tauromaquia, la cual entendía como pocos. Todo ello lo predispuso a tener muchos círculos de amistades desde la adolescencia, todos a cual más animado, donde el alcohol se hacía presente y que desafortunadamente encontró un excelente caldo de cultivo en la poca voluntad del muchacho. Se volvió alcohólico y podría decirse que en la preocupación cotidiana del padre. Los tres hijos de Carmelo fueron recibidos por el Doctor Baena. Al mayor y al segundo porque el obstetra particular que debía atender los partos no llegó a tiempo. Al tercero lo recibió porque ya estando en labor Nelly, la esposa del hijo, este decidió irse con el obstetra contratado para ese momento, a tomarse unas cervezas mientras llegaba el instante supremo del parto. Al ser avisado el ginecólogo de que ya la hora había llegado, este se hallaba en estado tal de beodez que no pudo bajarse del carro en el que volvía a la clínica y, como no, otro parto atendido por el

abuelo. Volviendo al hijo Carmelo, para estos años ya tenía claramente manifestada la enfermedad con los perjuicios físicos de esta, aunque aun incipientes. También los económicos teniendo el abuelo que ver por la educación de los tres nietos.

En esos días cayó enferma de gravedad debido a una afección cardiaca la Señora Alicia Pérez, esposa del Doctor Moisés Pianeta Muñoz, cuñado de Antonio Baena. Por solicitud y por motivación propia el Doctor Baena iba a visitarle diariamente, pendiente como siempre de la salud de cada miembro de la familia. Hubo días que estuvo la paciente verdaderamente mal. Le tomaban electrocardiogramas que marcaban el fin próximo, pero Antonio Luís no se inmutaba y sabía que la paciente seguiría con ellos más tiempo aunque la recuperación era imposible. Una tarde, después de la visita cotidiana y tal vez repetida en ese día varias veces, llegó a la casa de Carmelo, que era de él también, y que quedaba cerca de la casa de los Pianeta Pérez. Estaba solo el nieto mayor.

Le dijo: *«creo que hoy se muere Alicia Pérez, por que la vi hermosísima. La vida es como la vela que se pone en el aguamanil, cuando se va a acabar da el resplandor más fuerte y más hermoso y en el siguiente instante se extingue»*. Horas más tarde murió Alicia Pérez.

En su casa del barrio de Manga, también cuidó de su cuñada Amelia Pianeta Muñoz, la más grande bordadora de Cartagena y sus alrededores en todos los tiempos, hasta que la pobre señora murió en 1979 a causa de un cáncer de colon con metástasis hepáticas. Así era él. Si necesitaba cuidar de alguien, ojalá que pudiera ser en su casa. Para esa misma época, su nieto Carmelo Antonio le refirió una serie de síntomas y signos que venía presentando desde hacia pocos días atrás. Inmediatamente hizo el diagnóstico, con la sola anamnesis, de una hepatitis. Sin más preámbulos ni requerimientos, lo embarcó en su carro y esa misma tarde se lo llevó para su casa de Manga. Los padres de aquel, que no estaban en el momento del traslado, se enteraron por la noche del diag-

nóstico y de la decisión del médico de continuar el tratamiento y la vigilancia bajo su observación directa, lo cual se hizo por todo un mes.

Colocaba las inyecciones a todos en la familia. En aquel tiempo eran jeringas de vidrio que requerían ser hervidas lo mismo que las agujas. Esto lo hacía en el mismo recipiente donde estaban las jeringas, que era metálico y que tenía un mecanismo que quedaba como un pequeño reverbero. Le colocaba alcohol en la parte inferior, lo encendía y esperaba que hirvieran los implementos. Cuidaba que los materiales no sonaran por que siempre pensó que el hacer sonar los materiales médicos era causa de temor y stress en el paciente al escucharlos. Mientras esto sucedía él se lavaba las manos concienzudamente hasta los codos con jabón *CHEGREL*. La limpieza en todas sus labores era punto primordial, a pesar de que contaba que tuvo un profesor que probaba el pus de las heridas de los pacientes, cosa que les sorprendió mucho hasta el día en que se dieron cuenta que el profesor

tocaba el pus con el dedo mediano y se probaba el dedo índice. Con quien le costó más trabajo para inyectarla fue con su hija Maria. Le tocaba corretearla por cada cuarto. Cuando ya ella estaba dispuesta y la aguja iba camino de la zona escogida, se levantaba de un salto y la persecución se reiniciaba entre pucheros y gestos de incomformidad por parte de ella y sonrisas y cara de comprensión por parte de el.

La salud de él mismo también tenía sus bemoles aunque en términos generales era buena para su edad, gracias a sus hábitos sanos, a la practica del deporte en su juventud y al carácter tranquilo que manejaba. Lo aquejaba un estreñimiento crónico que había empeorado para entonces pero que seguiría siendo más molesto en los años posteriores. Lo controlaba con dieta rica en fibra, comía por las tardes el afrecho que quedaba del coco que había sido usado para preparar el arroz del día. Comía mango, uvas pasas, papaya, platanito, nata y abundante agua. Pero no era suficiente.

Debía ayudarse con laxantes. Tuvo episodios de urolitiasis que manejó solo con hidratación y con aguas de semilla de níspero. En los años finales de su vida aparecieron además una intolerancia a los carbohidratos que requirió de algunos periodos de tratamiento farmacológico y una leve elevación de la tensión arterial. Todas esas dolencias han sido heredadas por gran parte de los descendientes. Antonio Luís hijo, presentó incluso dos episodios de urolitiasis severa que fueron tratados quirúrgicamente. Una tarde hablando de alguna de sus dolencias, el estreñimiento, le decía a los nietos que cuando un paciente entraba a su consultorio lo primero que el hacía era verle el rostro lo mas detenidamente posible que la discreción le permitiera y le dividía imaginariamente el rostro en tres partes: Una superior que iba desde la línea del cabello hasta las cejas. Una media localizada entre las cejas y el borde inferior de la nariz y una última entre esta línea y el mentón. La primera zona correspondía a la cabeza y el sistema nervioso, la segunda al tórax, corazón y pul-

mones, y la última al abdomen. Veía cual era la más amplia y así antes de que el enfermo comenzara a hablar ya el intuía donde residía probablemente la dolencia del paciente. El rostro de él era simétrico en las tres zonas y decía que padecía o padecería de los tres sistemas.

Se enfrentó a una nueva adversidad. Corría el año de 1981 cuando su hija Maria Baena Pianeta sufrió un violento accidente. Ella iba en un bus que llamaban de «palito» hacia el aeropuerto. Esa tarde llegaba una amiga procedente de la ciudad de Panamá. En un cruce este automotor endeble fue embestido por un costado por otro de mayor envergadura y velocidad. El bus en el que viajaba Maria quedó en astillas. Recibió un trauma céfalo craneal violento que la dejó inconsciente por varios días, incluso con drenaje de liquido cefalorraquídeo por un oído. La preocupación del padre fue de las mayores que seguro tuvo en su vida. Fue cuidada por él en su casa y, como siempre, los gastos sufragados de su propio peculio.

Al cumplir los setenta y cinco años en 1980, renunció a su cargo de Médico, que había venido ejerciendo en el I.S.S. desde su fundación en la ciudad de Cartagena. Esta renuncia le fue aceptada a partir del 16 de enero de 1980, manifestándole el Gerente Seccional:

«el más sincero agradecimiento por la extraordinaria colaboración que se sirvió brindarle al I.S.S. para el cumplimiento de sus funciones en pro de la Seguridad Social en Colombia».

En esas épocas decía que lo primero que hacía al abrir los ojos cada mañana era darle gracias a Dios por permitirle vivir otro día. Un día más. La edad se trae sus cosas. En este momento, tal vez, empieza o se marca más la molestia de las cataratas y con ella los pasos vacilantes, la dificultad de la escritura y peor en el caso de Antonio Baena, la dificultad en la lectura. Mentalmente aún se mantiene en buenas condiciones. Se tranza en frecuentes batallas de ajedrez con sus nietos pero princi-

palmente con Ricardo quien tenía una habilidad innata y formada para este juego. El estilo de juego de ese muchacho era tan firme como inmisericorde aún con el abuelo. Lo dejó ganar pocas veces, pero el esfuerzo mental que estas sesiones le suponían le gustaba disfrutarlo a manera clara de mantener sus funciones cerebrales lo más que pudiera. Era capaz de enfrentar hasta tres juegos, de manera presentable, en un día a esta edad. Las caminatas, otra actividad que le gustaba, eran menos extensas ya que sentía cansancio pronto en los pies. Por ello cada vez que terminaba de caminar y se sentaba, colocaba los pies sobre sus bordes externos con lo que las plantas quedaban casi enfrentadas. Así, decía, lograba un rápido descanso.

Como se ha dicho, políticamente hablando fue de filiación liberal. Mejor dicho y para que quede bien claro, LIBERAL. Por los antecedentes de violencia y de represión que habían tenido especialmente los regímenes conservadores, tenía clara indisposición con estos. A pesar de ello le tocó en

suerte emparentar con algunos consuegros godos. O mejor dicho para que quede bien claro, GODISIMOS, entre los que se cuentan Juan de Jesús Llanos, Benicio Acevedo, Francisco Escamilla y Cornelio Pinedo. Valga decir que con todos ellos la relación fue cordial y hasta simpática. Nunca trataron el espinoso tema político entre ellos. Antonio Luis Baena Sayas decía que los conservadores tenían unas ínfulas monárquicas. Mientras los liberales capitales eran conocidos por sus apellidos: López, Santos, Echandía, Gaitán, Turbay, etc, los conservadores se hacen conocer por sus nombres, al mejor estilo real: Laureano, Misael, Belisario, Noemí, etc, como recordando a Luís XIV o Juan Carlos I. En 1982 ganó las elecciones presidenciales un candidato conservador: Belisario Betancourt. Antonio Luis Baena Sayas, obviamente, le hacía fuerza al candidato liberal Alfonso López Michelsen, por quien había votado la totalidad de la familia Baena Pianeta. Hacia el final de la tarde, los reportes radiales daban una clara ventaja del godo sobre el liberal. El doctor Baena

mostró tal abatimiento que decidió encerrarse en su cuarto con ventanas cerradas y arroparse de pies a cabeza. Fue su clara muestra de decepción y protesta por la victoria goda. Ese mismo año fue sometido a una cirugía para remover la próstata hipertrofica. La cirugía la realizó el doctor Rubén Fernández en el Hospital Bocagrande. En la convalecencia conoció la noticia del otorgamiento del hasta ahora único Premio Nóbel a Colombia en cabeza de Gabriel García Márquez.

Un año más tarde es sometido a la extirpación de las cataratas. Cirugía que realizó el doctor Oscar Sierra Sabalza en la clínica de La Madre Bernarda. Esta cirugía disminuyó mucho su capacidad de lectura y tal vez en algo su ánimo. Desde entonces requería, para leer, la ayuda de una lupa. Sin embargo nunca se le oyó una queja por su estado o alguna muestra de inconformidad. Poco tiempo después de esta cirugía, recibió la propuesta de la Universidad de Cartagena de realizar una cátedra en el área de Medicina Forense, y al

año siguiente a participar en unas conferencias de Morbimortalidad. El recibió animoso la propuesta y alcanzó a contestar afirmativamente con un único requerimiento: Lo haría *ad honorem*. No cobraría un solo peso. «*La universidad me ha dado todo*» era su argumento para tal decisión. Desafortunadamente la limitación visual no le permitió afrontar esta circunstancia y terminó declinando el ofrecimiento, con claro pesar.

Al año siguiente, 1984, se festejaron las Bodas de Oro Profesionales. Fue un momento en el que sus alumnos, muchos de ellos ya profesores también, llegaron a la casa de manga a expresarle sus felicitaciones pero sobre todo sus agradecimientos, llegando a ser muy emotivos algunos como el Doctor Apolinar Hoyos Fortich, celebre profesor de la Universidad, quien entre otras premisas que le enseñaba a sus alumnos, estaban estas: «*En una urgencia, no corras, no vaya y sea que llegues a tiempo y no sepas que hacer*» y «*En Medicina nunca seas el primero en tomar lo nuevo ni el último en dejar lo viejo*».

Un año más tarde se cumplieron los Cincuenta Años de matrimonio de la pareja conformada por Antonio Luís Baena Sayas y Doña Josefina Pianeta Muñoz. Ese 25 de Julio de 1985 concitó a la totalidad de la familia en la misa celebrada en la Capilla de la Virgen del Carmen de la Catedral de Cartagena. La ofició Monseñor Gandara quien expresó su sincera complacencia por hacer el oficio. Este año se dedica definitivamente a la contemplación y tal vez a meditar. Pasaba la mayor parte del tiempo en su casa. Salía a determinadas obligaciones como la de asistir a la asamblea semanal de la Sociedad San Vicente de Paúl, de la que fue Presidente durante varios años. A estas asistía con amigos como lo eran el contador Guillermo Cabarcas, el historiador Manuel H. Pretelt, Ricardo Olier y Ramón Caviedes. Esa reunión se llevaba a cabo los jueves y de ellas salían decisiones de clara filantropía y de socorro para los menos favorecidos como la de regalar mercados cada sábado, dar medicamentos que alguien de escasos recursos necesitara y circunstancias si-

milares. En esta complacencia, en este modo de vida que él lo consideraba completo y por el que siempre se mostraba agradecido, recibió el título de Profesor Honorario, el cual le concede su Universidad de Cartagena mediante Resolución No.22 del 17 de Diciembre de 1985. Él, haciendo gala de su humildad, contestó a tal reconocimiento de la siguiente manera:

«Tan señalada distinción, reconozco es inmerecida de mi parte, por ser ella de tan alta significación. En mi concepto, el único mérito universitario que yo podría ostentar, es el grande y permanente esfuerzo que he hecho por cumplir las obligaciones contraídas con dicha Institución; nada extraordinario ha habido en mis actuaciones; sólo lo que me han permitido mis modestas capacidades.

Pero ese gran gesto de ustedes, me ha emocionado, me ha conmovido, de manera singular. Se los agradezco sinceramente. Y ojalá Dios me permitiera corresponderles tanta nobleza.»

En el año de 1988, con ocasión del homenaje que se le hizo a Antonio Luis Baena Sayas, dentro del X Congreso de Medicina Interna, realizado en la ciudad de Cartagena durante el mes de agosto, sus alumnos Darío Morón Díaz, Carlos Cruz Echeverría y Mario Mendoza Orozco, registraron el hecho con estas palabras:

«Es importante resaltar que como introducción al evento se ha tenido en cuenta no sólo el aspecto científico en sí, sino también el humanístico y será «la historia de un médico cartagenero» conferencia que expondrá el doctor Eduardo Lemaitre la que servirá de introito a las actividades del evento. También es digno de mencionar por la calidad del homenajeado el foro Antonio Baena Sayas en donde se analizará los aspectos de la educación de post-grado en medicina interna. El congreso quiso rendirle homenaje a éste inminente profesor cartagenero quien desarrolló una fructífera labor como docente en el Departamento de Medicina Interna de nuestra facultad de Medicina dedicado a la cátedra de Medicina Interna y más específicamen-

te a la de Semiología en la cual el doctor Baena Sayas supo comunicarle a sus discípulos los secretos de un buen interrogatorio y del examen complementario para el conocimiento integral de la enfermedad que padece el enfermo. Muchas generaciones participaron de las sabias, juiciosas y detalladas conferencias del doctor Baena Sayas en donde a su seriedad y profundidad en el examen del paciente se unían un carácter bondadoso y afable que engrandecía su magra figura de médico clínico en todo el sentido del vocablo. Por ello nos adherimos a este justificado homenaje ya que hemos sido invitados a participar en el foro al médico y profesor doctor Baena Sayas.» (Darío Morón Díaz. El Universal, jueves 10 de marzo de 1.988).

«El 6 de agosto se reúne en el Centro de Convenciones de la ciudad el X congreso de Medicina Interna. Este suceso es de suma importancia y trascendencia para la medicina nacional, por la calidad de las personalidades que disertarán y se congregarán — de las diferentes especialidades de la medicina — para conocer y analizar las diversas y múltiples patologías que exis-

ten en el país, y establecer criterios prácticos para su manejo. También los ilustres profesores fijarán la atención sobre los aspectos concernientes a la enseñanza de esta disciplina para desarrollar mejor docencia en las escuelas de Medicina.

Cabe subrayar y celebrar con regocijo — además de lo anterior — el tino oportuno que tuvieron los organizadores del magnífico evento, para rendir justo y merecido homenaje a ANTONIO LUIS BAENA SAYAS, por sus admirables y constructivas acciones en el campo de la medicina. El hidalgo galeno es profesional digno de aprecio de la sociedad colombiana, por múltiples razones. Recorramos a vuelo de pájaro la historia del distinguido doctor, y encontraremos la causa que originó la exaltación que le hará el Congreso de Medicina Interna.

Es hombre de extracción humilde, que con voluntad de hierro estudió y logró coronar la carrera de médico en la Universidad de Cartagena que le permitió su liberación económica. Los primeros años de ejercicio los realizó en el medio rural, en María la baja, donde dejó gra-

tos e indelebles recuerdos por los valiosos y eficaces servicios que prestó a esa comunidad. Su pasión por el estudio y la docencia lo espolearon a regresar al claustro paterno, donde se dedicó con devoción y habilidad a la enseñanza de la Medicina Interna hasta su jubilación. Capacitó con desvelo a numerosas generaciones. Ellas asimilaron sus experiencias para poder relacionar con objetividad los síntomas y los signos de las enfermedades, para poder hacer diagnósticos correctos. Dominó este campo. Fue un excelente maestro y amigo.

Fuera del claustro universitario ejerció con brillo y sin petulancia la profesión. Descolló en el ejercicio de la Medicina Forense y con sus acuciosas y sencillas investigaciones, alumbró a la justicia para clarificar las muertes misteriosas. No menos importantes fueron los servicios que prestó como Médico Laborista del Seguro Social, donde desarrolló actividad meritoria y justiciera.

En suma, el doctor Baena Sayas es hombre bueno y maravilloso. Con virtudes humanas relevantes. Resalto la pulcritud de su conducta, la franqueza y sencillez

de su carácter, la aplicación al estudio y comprensión de los fenómenos naturales y sociales. Conoció a este señor desde mi infancia. Fue mi maestro y colega de docencia, y jamás vi a este hombre menudo, pero noble, gritando ni envanecido. Es hombre de voz apacible y ecuánime, combina en su pensamiento de forma equitativa la reflexión con la emoción. Fueron estas calidades y hechos de la vida del Dr. Baena Sayas, lo que determinaron la voluntad de los organizadores del Congreso para rendirle veneración a este distinguido maestro. La función de las instituciones es resaltar los valores humanos, para que las jóvenes generaciones los imiten. Sobre todo en estos días de desmoralización epidémica. Congratulamos al Dr. Baena Sayas y a su distinguida familia. Justo es hacer un reconocimiento público a los organizadores del congreso y los coordinadores los Dres. Jorge Escandón y Alonso Cortina.» (Carlos Cruz Echeverría. El Universal, jueves 4 de agosto de 1.988).

«Cuando nos iniciamos en el estudio de la medicina, hace ya más de veinte años, se vivía una época de gran agitación intelectual en todo el mundo. La paredes del

Paris de Mayo del 68 se llenaban de graffitis bellamente atrevidos — «Prohibido prohibir», «Sean realistas: pidan lo imposible», «La imaginación toma el poder», «Solo la verdad es revolucionaria» — que transmitían un claro mensaje de desacato a las tradiciones y al orden establecido, mientras la música de los Beatles, como una dulce rebelión, subvertía los esquemas previamente conocidos del arte popular.

Con ese fervor y esa sensibilidad que sólo se pueden tener a los veinte años, nosotros recibíamos las noticias del mundo «En este arrabal suramericano» como diría Borges. Eran épocas de grandes acontecimientos, de grandes cambios. De Méjico llegaban los primeros ejemplares de «Cien años de soledad», deslumbrándonos con su belleza alucinante. En la Universidad se hablaba de pintura, de música, de poesía, de revolución, y el amor nos asechaba en cada esquina de la realidad o de la fantasía.

Éramos una juventud vigorosa y descomedida, y por lo tanto, sujeta a las equivocaciones que nacen del apasionamiento excesivo.

En ese bello tiempo, que hoy quiero arrebatarse un poco a la nostalgia, comenzábamos a asistir a las clases de semiología en el viejo Hospital Santa Clara, en el barrio de San Diego. En inolvidables mañanas llenas de cielo azul y olor marino nos reuníamos en el patio del hospital, exhibiendo con petulancia de primíparos nuestros flamantes estetoscopios, como símbolo de nuestro inicio en el arte de la clínica. Aún no éramos conscientes de todo lo que teníamos que aprender. Recopilábamos datos, aprendíamos nemotécnicas, memorizábamos conceptos y devorábamos libros con el afán ilusorio de igualar o superar en un lapso de meses esa erudición que nos hacía sentir inferiores ante nuestros profesores, a los cuales en muchas ocasiones criticábamos injustamente, sobre todo cuando con perversa alegría lográbamos descubrir alguna debilidad en sus conocimientos. Pero algunos nos habrían de enseñar verdades más profundas con su actitud que con la simple demostración de sus habilidades y conocimientos. De entre muchos otros nombres de merecida recordación, quiero pronunciar ahora el del Profesor Antonio Luis Baena Sayas, con veneración sincera y con respeto. Aquel hombre sencillo y cortés, de modales discretos, impregnado

por una innata modestia y poseedor de una sorprendente habilidad como profesional y como docente, supo destacarse y permanecer en la memoria de todos nosotros, gracias a sus enseñanzas diáfanas y profundas.

¿Qué nos enseñó el Dr. Baena? No quiero mencionar tan sólo el que nos hubiera enseñado el difícil arte de interrogar a los pacientes, aunque sí lo hizo, ni que nos hubiera explicado con paciencia y erudición el significado de los soplos cardíacos, que también lo hizo, ni que nos hubiera enseñado a distinguir una neumonía de un derrame pleural, que también lo hizo, así como también nos enseñó muchos otros de los diversos temas y técnicas de la semiología, dándonos sólidas bases para el posterior aprendizaje de la medicina clínica. No.

No es a eso a lo que me refiero, sin tratar de restar a eso su importancia. Con su actitud profesional rebotante de dotes humanísticas, de un estricto sentido de la responsabilidad y de un profundo respeto por la ética, el Dr. Baena nos dio la gran lección que todos esperábamos y necesitábamos, y que por fortuna para nosotros, aún no

hemos olvidado. Mucho más que enseñarnos medicina, el Dr. Baena nos enseñó a ser médicos, con todo el sentido de nobleza que esta palabra encierra. Fue esta la lección que nos dejó la enseñanza más veraz, más firme y más duradera, por la sencilla razón de que estaba revestida de indestructible espiritualidad.

En estos tiempos de difícil reconciliación entre la ciencia y el arte, entre la técnica y el hombre, entre la ardua realidad y la frágil materia de los sueños, acosados por múltiples presiones de tipo social y económico en el ejercicio cotidiano de nuestra profesión, que sirva el recuerdo constante de sus enseñanzas como una dura égida que nos mantenga invictos en nuestra condición de médicos. Que sirva también estas breves palabras como un emocionado homenaje que hoy le ofrecemos todos sus alumnos, con un sincero sentimiento de gratitud y admiración.»
(Mario Mendoza Orozco, en el homenaje que se le rindió en Cartagena el 5 de Agosto de 1988).

El Congreso de la República se adhirió a dicho homenaje, mediante la Proposición No. 10 del 26

de julio de 1.988, que había sido presentada por los Senadores José Joaquín Ortiz y Nicolás Curi, cuyo pergamino fue entregado por éste último, quien había sido su alumno en la Facultad de Medicina de la Universidad de Cartagena.

Lo mismo hizo la Alcaldía Mayor de Cartagena de Indias, mediante Decreto No. 183 del 5 de agosto de 1.988.

La Academia de Medicina de Cartagena, le hizo llegar una comunicación de congratulación.

Otra de las salidas a la calle que hacía en esos días era para ir a la casa de su hermano Rafael Lorenzo, quien se hallaba aquejado del Síndrome de Alzheimer. Lo visitaba con el cariño que siempre le profesó. Esto lo hizo prácticamente a diario por varios años hasta que en 1989 falleció Rafael Lorenzo. Así siempre lo llamó, con sus dos nombres. En el momento del deceso, Antonio Luis estaba presente y se tambaleó y se aferró a su es-

posa Josefina que estaba junto a él y le dijo: «*Ahora he quedado solo*», dando a entender lo muy importante que había sido la presencia de su hermano en su vida. Pero las desgracias ese año no terminarían allí. Meses más tarde su esposa Josefina sufriría un derrame cerebral originado, al parecer, por la ingesta consuetudinaria de aspirinas por unos dolores de rodillas, secundarias a una artrosis degenerativa. Este evento le ocasionó tal consternación al esposo que inicialmente no pudo ir al hospital donde habían recluido a la señora. Pero luego estuvo en su cabecera hasta que la recuperación que, aunque fue satisfactoria, no fue completa.

En los años siguientes, los últimos, pasó de cuidador a ser cuidado por que se inició en él la presencia del Alzheimer, que aunque fue menos marcado que en su hermano, logró disminuir sus funciones. Aun así permanecía pendiente de todos. Hablaba con frecuencia con sus hijos y nietos que estaban en Bogotá, Estados Unidos o en otras partes. En este estado festeja en 1995 los 60

años de vida matrimonial, con una gran reunión familiar en la casa de Manga cuyo evento central fue una misa oficiada en la biblioteca, y recibe la «*Orden de la Democracia*» en el grado de «*Gran Cruz*», de la Cámara de Representantes, presidida por ese entonces por su antiguo alumno el médico cartagenero Álvaro Benedetti Vargas. Así, en 1996, cae enfermo en una epidemia de gripe. Esa epidemia fue llamada «*El Abrazo del Pato*». Su afección se complicó con una neumonía que requirió de la hospitalización. Pero todo tiene su momento y ya era el momento de dejar esta vida que tanto le dio y que el de manera cristiana le supo responder. En su agonía, dicen los que estaban presentes, recibió la visita de su esposa, quien ya estaba en silla de ruedas desde hacia varios años atrás, y con la mirada le dijo que estaba hermosa. Fueron sus últimas palabras. Murió el 23 de septiembre de 1996. En sus exequias, su sobrina Alicita, tomándole el rostro dulcemente dijo una frase que resume su vida y todo lo que se ha escrito; «*Tío Toño, tu dabas sin que se te pidiera*».

posa Josefina que estaba junto a él y le dijo: «*Ahora he quedado solo*», dando a entender lo muy importante que había sido la presencia de su hermano en su vida. Pero las desgracias ese año no terminarían allí. Meses más tarde su esposa Josefina sufriría un derrame cerebral originado, al parecer, por la ingesta consuetudinaria de aspirinas por unos dolores de rodillas, secundarias a una artrosis degenerativa. Este evento le ocasionó tal consternación al esposo que inicialmente no pudo ir al hospital donde habían recluido a la señora. Pero luego estuvo en su cabecera hasta que la recuperación que, aunque fue satisfactoria, no fue completa.

En los años siguientes, los últimos, pasó de cuidador a ser cuidado por que se inició en él la presencia del Alzheimer, que aunque fue menos marcado que en su hermano, logró disminuir sus funciones. Aun así permanecía pendiente de todos. Hablaba con frecuencia con sus hijos y nietos que estaban en Bogotá, Estados Unidos o en otras partes. En este estado festeja en 1995 los 60

años de vida matrimonial, con una gran reunión familiar en la casa de Manga cuyo evento central fue una misa oficiada en la biblioteca, y recibe la «Orden de la Democracia» en el grado de «Gran Cruz», de la Cámara de Representantes, presidida por ese entonces por su antiguo alumno el médico cartagenero Álvaro Benedetti Vargas. Así, en 1996, cae enfermo en una epidemia de gripe. Esa epidemia fue llamada «El Abrazo del Pato». Su afección se complicó con una neumonía que requirió de la hospitalización. Pero todo tiene su momento y ya era el momento de dejar esta vida que tanto le dio y que el de manera cristiana le supo responder. En su agonía, dicen los que estaban presentes, recibió la visita de su esposa, quien ya estaba en silla de ruedas desde hacia varios años atrás, y con la mirada le dijo que estaba hermosa. Fueron sus últimas palabras. Murió el 23 de septiembre de 1996. En sus exequias, su sobrina Alicita, tomándole el rostro dulcemente dijo una frase que resume su vida y todo lo que se ha escrito; «Tío Toño, tu dabas sin que se te pidieran».

**«Necrología Taurina por Antonio Luis
Baena»**

«por Edgardo Pallares Bossa»

«Dicen que sólo obedeciendo a la vida se le vence. Quizá emulando aquella sentencia de Ionesco cuando expreso: «¡Y se llegó a centenario, qué desgracia y qué alegría!» porque, llegamos a este mundo para cumplir un oficio que Dios nos ha asignado, pero que evidencia un drama que ha de ser corto, extenso, difícil o laudatorio.

Hoy con mucha dificultad, nos toca apuntarnos a la necrología, que repito no nos ofrece un sentido común sino una creciente amistad que nos une a la familia taurina por excelencia, la del médico Antonio Baena Sayas, progenitor de excelentes taurinos. Y es que la amistad destruye todo eso que se cree sea génesis de beligerancia y de incomprensión. Por ello, hemos de buscar posturas románticas, ante la vida, que para eso se ofrece la complejidad de este mundo de voces heridas, donde la coherencia es tan esquiva y la incertidumbre es protagónica.

Ha muerto éste retropróximo 23 de septiembre Antonio Luis Baena Sayas, médico de profesión, aficionado y caballero a carta cabal. El verdadero patriarca taurino de la «Baenera». Un hombre de contenido y de expresión sincera, que fue el gestor intrínseco de la peña taurina «El Clarín», y que no vaciló nunca en recomendarnos reiteradamente que ante todo debíamos ser un grupo de amigos. Sin duda, el elemento negativo fue conscientemente marginado por él y más bien se complacía en disfrutar una vida platónica y aristotélica, por sus sentimientos profundamente arraigados en su corazón. Murió a los 91 años.

Recordamos mucho que disfrutaba con nuestras tertulias clarineras en su casa e incluso, si nuestra memoria no nos propina un varetazo, creo que nos acompañó en las últimas sesiones de video taurino en su residencia en Manga. Allí, en esa casa de habitación, la peña El Clarín llevó a cabo la entrega del trofeo a la mejor faena de la feria de 1978 al diestro alicantino que este año se va de los ruedos, José Mari Manzanares, del cual Antonio Baena Sayas era un ferviente admirador; porque lo

normal en este trajinado mundo es que existan obras que nos emocionan sin conmocionarnos y otras que nos conmocionan sin emocionarnos, como así lo escribimos un día en nuestro libro «Agenda taurina». Y el torero es un espectáculo para ambos casos.

Pero, la vida es así. Y a veces hasta la insuficiencia lingüística se hace palmaria en casos como en el que hoy nos ocupa, al aproximarse el maestro Baena al tendido del cielo, cuando el maestro triunfador mediterráneo viene a despedirse de todos en Cartagena.

Por eso, queremos reiterarle nuestra sentida voz de condolencia a su viuda Josefina Pianeta, quien en una búsqueda del sueño, sentada en su silla de ruedas, se aferraba al ataúd de su marido inerte durante el rito de la Santa Misa, partiéndose el alma de los presentes.

A sus hijos Hortensia y María, Juvenal, Antonio, Carmelo, Guillermo, Edgardo, y Haroldo, que hacen la escena de la cuadrilla torera de los Baena. El jefe de una familia ejemplar se ha ido a orientarnos en una barrera

de sol, al lado del altísimo para ofrecernos siempre su blanquecino pañuelo que ordena los apéndices auriculares que acá en el ruedo de la vida debemos cortar. ¡Y es que aún desde la eternidad no ha dejado de ser el que tenía que ser!»



Bodas de Oro Profesionales | 1984 | De izquierda a derecha: Josefina Planeta de Baena, Antonio Luis Baena Sayas, Moises Planeta, Jorge Hossain, Eugenio Baena Falcón, Alberto Rohin



Bodas de Oro Matrimoniales con Monseñor Domingo Gándara



50 Años de Casados



Antonio Luis y Josefina - Rafael Lorenzo e Isabel | 1985



Familia Baena Pianeta | 1985 | De pie de izquierda a derecha: Edgardo, Guillermo, Haroldo, Juvenal, Antonio Luis y Carmelo Baena Pianeta.
Sentados: Hortencia Baena D., Josefina, Antonio Luis y Maria Baena P.



Antonio Luis y Josefina con todos sus nietos | 1985





Última aparición en acto académico entregando el diploma de Médico a su nieto Carmelo Antonio | 1989



La última vez que bailó. En los Quince Años de su
nieta Madelina del Carmen | 16 de Diciembre de 1991

Sesenta Años de Casados | 1995 | Con toda la familia en el comedor de la Casa de Manga





La Casa de Manga - Club Baena



Antonio Luis Baena Sayas

Cien Años

In Memoriam de Antonio Luis Baena Sayas